

San José, Costa Rica

1925

Lunes 14 de Setiembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *El interés y la justicia*, por B. Sanín Cano.—*El loco en el tejado*, por Kan Kikuchi.—*¿Qué sucede en la costa pacífica de Suramérica?*, por Arnold Schltze.—*Comentarios fugaces*, por El Pasajero.—*La lección de los insectos*, por Azorín.—*Página lírica de William Cullen Bryant*.—*Chocano y España*, por Víctor Domingo Silva.—*Carta abierta*, por José Santos Chocano.—*El ideal iberoamericano*, por A. Fabra Ribas.—*Vejeces*, por Pedro Emilio Coll.—*¿Qué hora es?*... por O. D.—*Tablero*.—*Un llamamiento a los obreros de Guatemala*, por Miguel Angel Asturias.

El interés y la justicia

POR

B. SANÍN CANO

(Sagitario, La Plata, Rep. Argentina).

ACEPTADO por el Perú el laudo arbitral de M. Coolidge y empeñadas ya las altas partes disidentes en jugar a la suerte plebiscitaria el futuro de las provincias limítrofes, se puede hablar con franqueza del grande error cometido por la nación vencida al aceptar la mediación del árbitro estadounidense.

Es necesario que los pueblos americanos se convenzan de que sus contactos espirituales con Estados Unidos no son numerosos y, donde existen, la superficie es de mediana extensión. Acaso no es superficie: tal vez sea un punto, a lo sumo una línea ideal.

Existe la creencia de que los países de América imitaron conscientemente la forma política de los Estados Unidos. En la apariencia sí. En el fondo no podíamos imitarla y poco a poco la vida política de los estados hispanoamericanos fué adquiriendo caracteres distintos del supuesto modelo. La política de Estados Unidos se ha concentrado siempre en la protección de ciertos intereses. Si la protección de estos intereses puede ejercerse sin lastimar las libertades del individuo, éstas se conservan. Desde el momento en que los intereses de que se habla se creen amenazados, todas las libertades desaparecen sin que sea necesario para eso alterar la ley fundamental del país. En las repúblicas americanas del Sur, la principal preocupación es el mantenimiento de las libertades públicas. Si los grandes intereses pueden desenvolver su actividad dentro de un régimen de libertad, nada les pone obstáculos en su marcha. Desde que empiezan a ser un obstáculo para el juego de las libertades individuales se hace sentir un malestar insoportable que a veces solía terminar con la guerra. En raras ocasiones predominaban los grandes intereses usurpadores de la libertad, como en el caso de Méjico durante las administraciones de Porfirio Díaz y como ocurre actualmente en Venezuela. Pero al examinar agudamente estos dos fenómenos de usurpación liberticida se descubre sin difi-

cultad que los grandes intereses prevalecían o prevalecen por su carácter de extranjeros, especialmente norteamericanos. Gran Bretaña no ha hecho uso de esta política violatoria de las libertades del individuo sino «en casos de absoluta necesidad». Ha creído descubrir que abstenerse en absoluto de influir políticamente en las naciones donde sus súbditos han invertido grandes capitales, es la conducta más saludable y ventajosa para percibir a su tiempo el interés codiciado por estos capitales. Como se vé, no es una cuestión de ética, es un mero problema de conveniencia. El político inglés, por razones de tradición y por estar en condiciones de aprovechar históricamente una experiencia de más antigua data que sus primos de América, no echa mano de la maza o de la espada sino en casos de excepción. El hombre de Estados Unidos reacciona más fácilmente a una exhibición porque su experiencia política es más reducida y sus miramientos con la libertad ajena están limitados por el recuerdo de sus relaciones con pieles rojas, con los ladrones de ganados en el Oeste, y con los libertos del Sur en 1865.

Todos estos aspectos del problema se deben tener presentes en nuestras relaciones con aquella República. Admiremos sus conquistas de civilización: no olvidemos que la cultura apenas le debe conatos. Con estas ideas en mira es fácil demostrar que los pueblos americanos del Sur cometen un error grave en volver los ojos a Estados Unidos cada vez que se trata de resolver un asunto de trascendencia en su política administrativa o en sus relaciones mutuas. Se llaman funcionarios de los Estados Unidos a Colombia y a Chile para que ayuden a sanear sus finanzas. Ya se sabe el consejo: «gasten Uds. menos de lo que reci-

ben». «Pero, arguyen los administradores colombianos, si el Congreso vota gastos mayores que las rentas ¿qué puede hacer el Ministro de Hacienda?» «En ese caso —dice la sabiduría económica del yankee insofisticado— la solución es supeditar el Congreso de la República a las decisiones de un empleado subalterno llamado contralor del Tesoro». La frase y la actitud son características. La política se sobrepone a las asambleas legislativas para salvar los grandes intereses. Si le hubieran objetado al experto que los legisladores, según la constitución, podrían saltar por encima del contralor, la sabiduría hacendista de los Estados Unidos habría propuesto, por boca de su órgano ambulante, que llevar los legisladores a la cárcel no era necesariamente una solución desechable.

A pesar de que las Repúblicas americanas del Sur imitaron a los Estados Unidos en su constitución, no pudieron ni han podido en un siglo modificar su temperamento para acomodarse a la manera yankee de considerar y resolver los problemas de gobierno y de relaciones entre un pueblo y otro. Si las reflexiones anteriores tienen algún fundamento, es de rigor llegar a la conclusión de que el último de los árbitros en quienes debemos pensar los americanos para darles fin a los conflictos internacionales son los Estados Unidos. En el caso presente la historia política, la razón y la lógica tenían contraindicado a Estados Unidos como árbitro en esa competencia.

Es verdad que según reza la norma de derecho «*res inter alteros judicata alteri neque vocere neque prodesse potest*», pero el aforismo no alcanza a cubrir el caso de que la cosa juzgada lo haya sido entre el juez y otra parte. El Perú ha debido escoger como árbitro a un pueblo que estuviera históricamente libre de toda acción comparable con la que le reprochaba a Chile. El Perú ha sido víctima de una conquista y sufre las consecuencias de un tratado impuesto por la fuerza. No vamos a juzgar del punto de vista ético la situación de los

dos pueblos. El Perú alega que por culpa de Chile el plebiscito no se llevó a cabo en tiempo debido. Chile asegura que el Perú convino en transferir indefinidamente la fecha de esa apelación a la voluntad popular. No prejuzgamos el caso. Pero si antes de aceptar la mediación de Estados Unidos el Perú hubiese reflexionado sobre la situación de este pueblo frente al problema cuya solución se le confiaba, habría acabado por comprender que no era posible señalarlo como árbitro. Con respecto a otras naciones americanas Estados Unidos se encuentran en una situación semejante a la de Chile con respecto del Perú. Esto no es una razón para que un hombre honrado, como el canciller estadounidense, puesto en el caso de decidir entre dos naciones amigas, muestre parcialidad con una de ellas. Entre Chile y Perú los Estados Unidos son luminosamente imparciales: no es difícil reconocerlo. La amistad con los dos pueblos, a pesar de ligeras fricciones con el primero, ha sido cordial y sincera en los últimos treinta años de fraternización. Pero los Estados Unidos tenían que ser parciales consigo mismos. Humanamente no se le puede exigir a un juez que dicte sentencia contra sí mismo. En conflicto semejante la ley lo recusa o su natural sentido de la delicadeza basta para inhibirlo. En el incidente Perú-Chile, Estados Unidos venía a ser a un tiempo juez y parte, porque en el actual estado de fluidez en que se encontraban las viejas fronteras y los derechos creados por la victoria o simplemente por la amenaza, todas las antiguas disputas pueden renovarse a pesar de tratados y de largos estados de dominio. El Presidente de Estados Unidos tenía por lo tanto que usar de una gran cautela con el fin de no dar asidero, por medio del laudo entre Perú y Chile a otros países americanos, víctimas del mismo despojo, que podrían renovar en este momento histórico una querrela semejante contra la nación que hace de árbitro.

Leyendo detenidamente los fundamentos de la decisión en este pleito no es difícil percibir el cuidado minucioso que puso el árbitro para evitar que sus conclusiones pudieran llegar a interpretarse en una forma desfavorable para el árbitro. Insiste repetidas veces en la sacrosanta virtud del tratado de Ancón. El árbitro interpreta repetidas veces su mandato invocando con tautología muy estudiada la intangibilidad del tratado. En rigor el tratado no era intangible desde el momento en que las partes se referían a un árbitro; pero estaba en el interés de éste rodear los tratados de conquista de una aureola luminosa de inviolabilidad. Es menester que aparezcan como inviolables los tratados impuestos por la fuerza a Méjico, a Panamá, a Santo Domingo y Haití y con apariencias de magnanimidad a algunas repúblicas centroamericanas y a Colombia. En el caso de Colombia es de advertir que los Estados Unidos rechazaron siempre, con aire perturbado por un mal humor evidente, las propuestas colombianas de someter la disputa al Tribunal de La Haya.

Para contestar las objeciones formuladas por el Perú y la demanda relativa a la transitoria desocupación de las provincias en disputa con el fin de garantizar la pureza del sufragio, los Estados Unidos han asumido exactamente la misma actitud simplista que en los fundamentos del laudo. Los Estados Unidos han ocupado y ocupan y se arrogan el derecho de ocupar por la fuerza territorios americanos independientes. Estos actos de despojo empiezan a agitar la conciencia internacional. A pesar de las formas con que se rodea el hecho de la ocupación, siempre queda manifiesta la voluntad de los pueblos en contra de ella. Es frecuente que la opinión del pueblo despojado pida, con el apoyo de las naciones libres, que se decida por medio de unas elecciones si es la voluntad de los asociados que permanezcan la armada o el ejército o la policía estadounidenses en las comarcas ocupadas por fuerza. Se ha sentado el principio de que, para tal evento, la ocupación debe continuar, aunque no esté justificada.

Las reflexiones anteriores no deben tomarse como una crítica a los Estados Unidos por la actitud egocéntrica asumida por ellos al dictar el fallo. Cualquiera otro pueblo consciente de sus necesidades, conocedor del pasado y capaz de prever el porvenir, habría dictado la misma sentencia, colocado en la pendiente en que se halla la Gran República Americana. Su error, si le hay, consistiría en haberse propuesto como árbitro. Acaso no es error; muy probablemente buscó sin aparentarlo la ocasión de fundar una doctrina sobre los puntos debatidos, en cuya solución tenía un significativo interés moral y político.

Estados Unidos son una nación tan poderosa en comparación con las otras del Con-

tinente que parece quimérico pensar que llegue el día en que las naciones americanas desposeídas por ellos puedan presentarse ante un tribunal cualquiera a pedir que se decida por plebiscito la soberanía de ciertas regiones. Es quimérico y por añadidura risible; pero ni lo uno ni lo otro están excluidos de soluciones históricas. Nadie le hubiera hecho creer a Dinamarca ni a Alemania en 1910 que, en el curso de diez años, parte de Schleswig Holstein volvería al soberano a quien habían pertenecido hasta 1865. El objeto de estas observaciones es señalar a los pueblos de América la necesidad de escoger con una gran prudencia los árbitros a quienes hayan de someter la decisión de sus diferencias. No se puede culpar a un juez de haber pensado en sí mismo al dar una sentencia en la cual venía a ser parte de un modo indirecto y remoto. Puede culpársele de haber aceptado el papel de árbitro; pero la culpa toda recae sobre quienes lo aceptan o lo escogen sin haber estudiado su psicología, recorrido cuidadosamente su historia diplomática y aquilatado con atención perseverante todos los precedentes de su carrera política.

Hay un tribunal de La Haya aceptado universalmente y cuya imparcialidad es superior a toda sospecha. Existe la Sociedad de las Naciones, cuyas decisiones, por lo que a América puede referirse, no podrían tacharse de parcialidad. Por último, hay tantas naciones americanas sin precedentes de conquistadoras, a las cuales se podría confiar, con seguridades de absoluta imparcialidad, cualquier diferencia entre naciones hermanas, que asombra el ver la frecuencia con que algunas de ellas acuden a Estados Unidos para dirimir sus contiendas.

Buenos Aires, julio de 1925.

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: ₡ 2.00.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REPRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

El loco en el tejado

=Pieza en un acto, por KAN KIKUCHI (1). La traducción ha sido hecha por JOSÉ B. ACUÑA. De la versión inglesa de IWASAKI y GLEN HUGHES. Cincinnati, Stewart Kidd Co., Publishers, 1923.=

Personajes

Yoshitaro Katsushima, el loco, de 24 años de edad.

Suejiro Katsushima, su hermano, de 17 años, estudiante de la Escuela Superior.

Gisuke Katsushima, su padre.

Tosaku, un vecino.

Kichiji, un sirviente, 20 años de edad.

Una sacerdotisa, cincuenta.

Lugar: Una pequeña isla en el Estrecho de Sanuki.

Epoca: 1900.

El escenario representa el patio interior de los Katsushimas, que son la familia más rica de la isla. Una palizada de bambú impide la vista de la casa, excepto la del techo elevado, que se recorta nítidamente contra el cielo verde del verano de aquella isla meridional. A la izquierda de la escena se vislumbra el mar reverberante con la luz del sol.

Yoshitaro, el hijo mayor de la familia, está sentado a horcajadas en la cumbre del techo y mira hacia el mar.

GISUKE.—(*Hablando dentro de la casa.*) Yoshi se ha vuelto a sentar en el techo. Le va a dar una insolación, el sol está tan caliente. (*Saliendo.*) ¡Kichiji! — ¿Dónde está Kichiji?

KICHIJI.—(*Apareciendo por la derecha.*) Sí. ¿Qué me quiere?

GISUKE.—Baja a Yoshitaro. No tiene su sombrero, allá arriba, bajo el sol quemante. Le va a dar una insolación. ¿Cómo se subió hasta ahí? ¿Por el granero? ¿No le pusiste alambre al techo del granero como te dije el otro día?

KICHIJI.— Sí; exactamente como Ud. me dijo.

GISUKE.—(*Pasando por la puerta hacia el centro de la escena y mirando al techo.*) No sé cómo pueda soportarlo; sentarse en un techo de pizarra caliente. (*Llama*) Yoshitaro, mejor es que se baje. Si se queda ahí puede darle una insolación y tal vez se muera.

KICHIJI.—¡Patroncito! Bájese; se va a enfermar si se queda allí.

GISUKE.—Yoshi. Bájese pronto. En todo caso ¿qué está haciendo? ¡Apeése, le digo! (*Llamándolo en voz alta.*) ¡Yoshi!

YOSHITARO.—(*Indiferente*) ¿Quéééé?

GISUKE.—¡No «quéés»! Bájese en el acto. Si se sienta al sol, le va a dar una insolación. ¡Muévase, ligero! Como no lo haga, lo iré a buscar con un paló.

YOSHITARO.—(*Protestando como un niño*

consentido.) No; no quiero. Hay algo interesante. El sacerdote del Dios Kompira danza en la nubes. Danza con un ángel en vestiduras rosadas. Me llaman para que me acerque. (*Gritando como en éxtasis.*) ¡Espere! ¡Ya voy!

GISUKE.—Siga hablando así y se caerá como el otro día. Ya está Ud. inválido e insano. ¡Cómo atormenta a sus padres! ¡Bájese de ahí, loco!

KICHIJI.—Amo, no se ponga tan bravo. El patroncito no le obedecerá. Mejor sería que se trajera algunas tortas de habas; cuando las vea, él bajará, porque le gustan.

GISUKE.—No; mejor todavía es que tú le persigas con el palo. No te dé miedo propinarle una buena vapuleada.

KICHIJI.—Eso sería demasiado cruel. El patroncito nada comprende. Está bajo la influencia de espíritus malignos.

GISUKE.—Habría que poner defensas de bambú en el techo, a fin de alejarle de ahí.

KICHIJI.—¿Para qué quiere alejarle? ¡No se subió al techo del Templo Honzen sin ayuda de escalera! Un tejado bajo como este es la cosa más fácil para él. ¿No le he dicho que son los espíritus malignos que le hacen subir? Nada logrará detenerlo.

GISUKE.—Talvez tengas razón, pero me acongoja de muerte. No estaría tan mal si sólo le pudiéramos retener en casa, pero siempre está subiéndose a los lugares altos. Hace un espectáculo de su locura. Suejiro dice que todo el mundo conoce al Loco de Katsushima, hasta en los confines de Takamatsu.

KICHIJI.—Todos en la isla dicen que se halla bajo la influencia del espíritu maligno del zorro, aunque no lo creo, porque nunca he oído decir que los zorros se suban a los árboles.

GISUKE.—Estoy de acuerdo contigo. Yo tengo otra idea. En la época en que Yoshitaro nació, compré un rifle, importado, de mucho precio y con él maté todos los monos de la isla. Ahora bien, creo que es el espíritu de un mono el que vive dentro de él.

KICHIJI.—Eso mismo pienso yo. Pues, de otra manera ¿cómo puede subirse a los árboles tan bien? El se encarama en todas partes sin escalera. Hasta Saku, el escalador profesional, admite que no es rival de Yoshitaro.

GISUKE.—(*Con una risa amarga.*) ¡No te pongas a chancar! No es cuestión de broma tener un hijo que se pasa encaramándose en el techo. Mi esposa y yo nos ponemos acongojados a cada minuto. (*Llamando de nuevo.*) Yoshitaro, ¡bájese! Yoshitaro, ¡abajo, le digo! Cuando está arriba, en el techo, no me oye: está tan abstraído. Todos los árboles alrededor de la casa los he cortado

para que no pueda treparse, pero nada se puede hacer con el techo.

KICHIJI.—Cuado estaba joven, recuerdo que existía un árbol *icho* enfrente de la puerta.

GISUKE.—Sí; uno de los más grandes de la isla. Y un día Yoshitaro subióse hasta la cima. Sentóse en una pierna, a una altura por lo menos de 90 pies, soñando como siempre. Mi esposa y yo jamás creímos que bajaría con vida, pero después de un rato se deslizó sano y salvo. Nos dejó mudos de asombro.

KICHIJI.—¡Oh, cielos! Eso fué un milagro.

GISUKE.—Por eso digo que el espíritu del mono es quien lo posesiona. (*Llama de nuevo*) ¡Yoshi! ¡Bájese! (*Disminuyendo la voz*) Kichiji, mejor súbete a traerlo.

KICHIJI.—Pero cuando alguien sube hasta él, el patroncito se enoja.

GISUKE.—No te importe su cólera. Apéalo.

KICHIJI.—Bueno. Está bien.

(Kichiji sale en busca de la escalera. Tosaku, el vecino, entra.)

TOSAKU.—Buenos días, señor.

GISUKE.—Buenos días. Magnífico tiempo. ¿Qué hay de las redes que puso ayer? ¿Cogió algo?

TOSAKU.—No; casi nada. La estación ha terminado.

GISUKE.—¿De veras? Pueda que sea demasiado tarde. Pero talvez pesque algún *hatsu*.

TOSAKU.—Seikichi cogió dos o tres ayer.

GISUKE.—¿De veras?

TOSAKU.—(*Distinguiendo a Yoshitaro.*) Su hijo otra vez en el tejado.

GISUKE.—Sí; arriba como siempre. No me gusta; pero si le guardo encerrado en un cuarto, se pone tan triste como un pez fuera del agua. Pero, cuando pienso que es mucha crueldad y le dejo salir, helo ahí de nuevo en el techo.

TOSAKU.—Sin embargo, a nadie molesta.

GISUKE.—Pero nos molesta. Nos da tanta vergüenza cuando se trepa allá arriba y se pone a hablar tan recio.

TOSAKU.—Pero, su hijo menor, Sue-san, tiene buena fama en la escuela. Eso es un consuelo para usted.

GISUKE.—Sí; es un buen estudiante nada usual, y me da algún consuelo. Si ambos fueran locos, no sé cómo podría soportar la existencia.

TOSAKU.—A propósito, una sacerdotisa acaba de llegar a la isla. ¿No le gustaría que orase por su hijo? A eso viene, en realidad, a verle.

GISUKE.—¿De veras? Ya en muchas ocasiones anteriores hemos tanteado las plegarias, pero ningún bien han hecho.

TOSAKU.—La sacerdotisa que está aquí cree en el Dios Kompira. Es muy milagrosa. Dicen las gentes que está inspirada por el Dios Kompira, de modo que sus oraciones son por completo distintas de las que hacen los sacerdotes montañeses. ¿Por qué no la tantea una vez?

GISUKE.—Sí; se podría. ¿Cuánto cobra?

TOSAKU.—Oh, ella no recibe dinero hasta que el paciente no esté curado. Pero una vez

(1) Al final se habla del autor y de su obra.

bueno, entonces, le paga lo que a usted le parece.

GISUKE.—Suejiro dice que no cree en las plegarias... En fin, nada se pierde con permitir que ensaye.

(Kichiji entra conduciendo la escalera y desaparece detrás de la palizada).

TOSAKU.—Voy, pues, a la casa de Kinkichi para traerla. Entretanto, usted hace descender a su hijo del tejado.

GISUKE.—Muy bien. Gracias por las molestias que se toma. *(Después de cerciorarse que Tosaku se ha ido, llama de nuevo)* Yoshi. Tranquilícese, ahora, y baje.

Kichiji.—*(Que se halla en el tejado en este momento)*. Bueno, patroncito, véngase conmigo. Si sigue aquí más tiempo, le va a dar fiebre esta noche.

YOSHITARO.—*(Apartándose de Kichiji como puede hacerlo un budista de un pagano)*. ¡No me toquen! Los ángeles me llaman. Este no es lugar para ti. ¿Qué significa tu llegada?

KICHIMI.—¡No diga disparates! Hágame el favor de bajar.

YOSHITARO.—¡Si me tocas, las hadas te matarán!

(Kichiji coge rápidamente a Yoshitaro por los hombros y lo empuja hacia la escalera. Yoshitaro se apacigua en el acto.)

KICHIMI.—No vaya a molestar ahora. Si lo hace, puede caerse y hacerse daño.

GISUKE.—Ten cuidado.

(Yoshitaro baja al centro de la escena, seguido de Kichiji. Yoshitaro está renco de la pierna derecha.)

GISUKE.—*(Llamando)*. Oyoshi: Ven acá un instante.

OYOSHI.—*(De adentro)*. ¿Qué quieres?

GISUKE.—He mandado traer a la sacerdotisa. ¿Qué piensas tú?

OYOSHI.—*(Apareciendo en la puerta)*. Puede ser una buena idea. Nadie sabe lo que le ayude.

KICHIMI.—Algunas dan buen resultado, otras no.

GISUKE.—Yoshitaro dice que habla con el Dios Kompira. Y la sacerdotisa es una devota del Dios Kompira; ella debe ser capaz de ayudarlo.

YOSHITARO.—*(Mirando con recelo)*. ¡Padre! ¿Para qué me hizo bajar? Había una nube bellísima de cinco colores que rodaba para llevarme.

GISUKE.—¡Tonterías! La otra vez dijo también que una nube bellísima de cinco colores iba rodando y saltó Ud. del techo. De esa manera se quebró la pierna. Hoy va a venir la sacerdotisa del Dios Kompira para ahuyentar el espíritu malo de su cuerpo; no se vuelva a subir al techo y quédese aquí.

(Tosaku entra conduciendo a la sacerdotisa, quien tiene una mirada astuta.)

TOSAKU.—Esta es la señora de quien os he hablado.

GISUKE.—¡Ah, buenas tardes! Sea usted bienvenida. Este joven es nuestra inquietud y nos causa muchas vergüenzas.

SACERDOTISA.—*(De una manera casual)*. No se preocupe por él. Lo curaré inmediatamente con la ayuda del Dios. *(Mirando a Yoshitaro)*. ¿Es este el joven?

GISUKE.—Sí. Tiene ya 24 años y no hace otra cosa sino subirse a lugares elevados.

SACERDOTISA.—¿Cuánto tiempo ha estado así?

GISUKE.—Desde que nació. Cuando niño ya trataba de treparse. A la edad de cuatro o cinco años se subió a un pequeño altar, después al gran altar del Buda y por último, a un estante muy alto. A los siete u ocho años comenzó a escalar los árboles. A los quince o diez y seis los picos de las montañas, donde permanecía un día entero, diciendo que hablaba con las hadas y los dioses y cosas por el estilo. ¿Qué piensa usted que tenga?

SACERDOTISA.—No hay duda que se debe al espíritu maligno del zorro. Muy bien; voy a orar por él. *(Mirando a Yoshitaro)*. ¡Escúcheme, ahora! Yo soy el mensajero del Dios Kompira en esta isla. Y todo lo que digo viene del Dios.

YOSHITARO.—*(Incómodo)*. ¿Dijo usted el Dios Kompira? ¿Lo ha visto usted?

SACERDOTISA.—*(Clavándole los ojos)*. No hable cosas sacrílegas. El Dios no puede ser visto.

YOSHITARO.—*(Exaltadamente)*. ¡Oh, yo lo he visto muchas veces! Es un viejo con vestiduras blancas y una corona de oro. Es mi mejor amigo.

SACERDOTISA.—*(Sorprendida con esta afirmación y dirigiéndose a Gisuke)*. Este es en realidad el espíritu maligno del zorro, pero es un caso extremo. Ahora bien, preguntaré al Dios.

(Salmodia una plegaria de manera ridícula. Yoshitaro, asido fuertemente por Kichiji, observa sin inmutarse a la sacerdotisa. Esta se excita hasta el frenesí y cae al suelo desmayada. Al rato se levanta y mira a su alrededor de un modo extraño.)

SACERDOTISA.—*(Con la voz cambiada)*. ¡Yo soy el Dios Kompira que mora en esta isla!

(Todos, excepto Yoshitaro, caen de rodillas, lanzando exclamaciones de reverencia.)

SACERDOTISA.—*(Con dignidad afectada)*. El hijo mayor de esta familia se halla bajo la influencia del espíritu maligno del zorro. Cuélguesele de la rama de un árbol y purifíquesele con el humo de las verdes hojas del pino. ¡Si dudáis lo que digo, estáis condenados!

(Se desmaya de nuevo. Más exclamaciones de asombro.)

SACERDOTISA.—*(Levantándose y mirando a su alrededor, como inconsciente de lo que ha pasado)*. ¿Qué ha sucedido? ¿Habló el Dios?

GISUKE.—Fué algo milagroso. El Dios contestó.

SACERDOTISA.—Todo aquello que el Dios os dijo que hiciérais, debéis hacerlo; de no, seréis condenados. Os lo advierto para vuestro bien.

GISUKE.—*(Titubeando un poco)* Kichiji. Ud. puede ir a traer las hojas verdes de pino.

OYOSHI.—No; es demasiado cruel, aunque sea la orden del Dios.

SACERDOTISA.—El no sufrirá; únicamente el espíritu del zorro que lleva dentro. El no sufrirá en nada. ¡Así, daos prisa! *(Mirando fijamente a Yoshitaro)*. ¿Oyó usted las órdenes del Dios? ¡Dejad el cuerpo de este joven antes que sufráis!

YOSHITARO.—Esa no fué la voz del Dios Kompira. El no escuchará a una sacerdotisa como tú.

SACERDOTISA.—*(Como insultada)*. La emprenderé hasta contigo. ¡Aguarda y verás! No respondas así a semejante Dios, tú, ¡zorro miserable!

(Kichiji entra con un haz de verdes hojas de pino. Oyoshi se alarma.)

SACERDOTISA.—Respetad al Dios, o seréis condenados.

(Gisuke y Kichiji, contra sus deseos, encienden las hojas de pino y conducen a Yoshitaro cerca del fuego. Este se opone a que lo pongan en el humo.)

YOSHITARO.—¡Padre! ¿Qué hace? Esto no me gusta. No me gusta.

SACERDOTISA.—No es esa su propia voz. Es la voz del zorro que lleva dentro. Y solamente el zorro es el que sufre.

OYOSHI.—¡Oh, pero es demasiado cruel!

(Gisuke y Kichiji tratan de poner la cara de Yoshitaro en el humo. Se oye de repente la voz de Suejiro en el interior de la casa.)

SUEJIRO.—¡Padre! ¡Madre! ¡Estoy en casa!

GISUKE.—*(Soltando a Yoshitaro, lleno de consternación)*. ¡Sue está en casa! Hoy no es domingo ¿Qué hace aquí?

(Suejiro aparece en la puerta. Viste el uniforme de la Escuela Superior; es un joven moreno y activo. Se detiene asombrado ante la escena que ve.)

SUEJIRO.—Padre, ¿qué pasa?

GISUKE.—*(Confuso)*. ¿Qué?

SUEJIRO.—¿Qué significa este humo?

YOSHITARO.—*(Tosiendo a causa del humo y mirando en su hermano un salvador)*. ¿Eres tú, Sue? Padre y Kichiji me han puesto en el humo.

SUEJIRO.—*(Colérico)*. ¡Padre! ¿Qué locura está haciendo? ¿No le he hablado muchas veces acerca de estas cosas?

GISUKE.—Pero la sacerdotisa milagrosa, inspirada por el Dios de...

SUEJIRO.—*(Interrumpiendo)*. ¡Tonterías! Eso lo hace Ud., porque él no se puede defen-

der. (*Mira con desprecio a la sacerdotisa y avanzando extingue el fuego con el pie.*)

SACERDOTISA.—¡Aguarda! ¡Ese fuego se encendió por orden del Dios!

(Suejiro desdenosamente apaga la última chispa.)

GISUKE.—(*Con más valor.*) Suejiro, yo no tengo educación, Ud. la tiene; por eso siempre estoy dispuesto a escucharle. Pero el fuego se hizo por orden del Dios y Ud. no debe pisotearlo.

SUEJIRO.—El humo no le curará. Se reirán las gentes de nosotros por estar hablando del espíritu del zorro. ¡Qué! Si todos los dioses del país se congregaran, no podrían curar ni un solo resfrío. ¡Esta sacerdotisa es un impostora! Lo que quiere es su dinero...

GISUKE.—Pero, los doctores no le han podido curar.

SUEJIRO.—Cuando no pueden curar los doctores, nadie puede. Ya os he dicho que él no sufre. Si así no fuese, deberíamos hacer algo por él. Pero mientras pueda subirse en el tejado está feliz de la mañana a la noche. No hay alguien en toda la extensión del país más dichoso que él; tal vez no lo haya en el mundo entero.—Fuera de que si lo curáis ¿qué le habéis hecho? Tiene ahora 24 años y nada sabe, ni siquiera el alfabeto; y no tiene experiencia alguna. Si le curaran, daríase cuenta de su invalidez y se convertiría en el hombre más desdichado de la comarca. ¿Eso es lo que buscáis? Y todo porque le queréis ver normal. Pero ¿no es locura hacerse normal únicamente para sufrir? (*Mirando de soslayo a la sacerdotisa.*) Tosa-ku-san, si Ud. la trajo aquí, mejor es que se la lleve.

SACERDOTISA.—(*Inspirada y colérica.*) Desoyes el oráculo del Dios. ¡Estás condenado! (*Comienza su cántico como antes. Se desmaya, se levanta y habla con voz cambiada.*) ¡Yo soy el Gran Dios Kompira! Lo que dice el hermano del paciente nace de su egoísmo, pues, cuando su hermano se cure, pasará a él el patrimonio de su familia. No os olvidéis de esto...

SUEJIRO.—(*Excitado arroja a la sacerdotisa por el suelo.*) ¡Es una mentira execrable, vieja loca! (*La golpea 2 o 3 veces con el pie.*)

SACERDOTISA.—(*Levantándose y recobrando su voz ordinaria.*) ¡Huy! ¡Huy! ¿Qué haces? ¡Bruto!

SUEJIRO.—¡Ladrona! ¡Estafadora!

TOSAKU.—(*Interponiéndose.*) Aguarde, joven, no pierda su dominio.

SUEJIRO.—(*Excitado todavía.*) ¡Mentirosa! ¡Una mujer como tú no entiende lo que es amor de hermano!

TOSAKU.— Bueno, nos iremos inmediatamente a casa. Fué un error mío el haberla traído.

GISUKE.—(*Dándole dinero a Tosaku.*) Puede ser que Ud. le excuse. Está tan joven y tiene tal temperamento.

SACERDOTISA.—Me pisoteaste cuando estaba inspirada por el Dios. Semejante malvado dése por satisfecho de vivir hasta la noche.

SUEJIRO.—¡Mentirosa!

OYOSHI.—(*Calmando a Suejiro.*) Cálmese ya. (*A la sacerdotisa.*) Lo siento mucho por Ud.

SACERDOTISA.—(*Saliendo con Tosaku.*) ¡El pie con que me golpeaste pronto se romperá!

(Salen la sacerdotisa y Tosaku.)

GISUKE.—(*A Suejiro.*) ¿No teme ser castigado por lo que ha hecho?

SUEJIRO.—Un Dios jamás inspirará a una mujer estafadora como ésa. Ella miente a diestro y siniestro.

OYOSHI.—Eso lo sospeché desde un principio. Si estuviera inspirada por un Dios verdadero, no haría semejantes crueldades.

GISUKE.—(*Sin insistir.*) Puede que así sea. Pero, Sue: su hermano será una carga para Ud. toda su vida.

SUEJIRO.— No será una carga. Cuando llegue a triunfar, construiré una torre muy alta sobre la cumbre del monte Takanos-hiro, y allí podrá él vivir.

GISUKE.—(*De repente.*) Pero, ¿a dónde a ido Yoshitaro?

KICHIJI.—(*Señalando el techo.*) Está allá arriba.

GISUKE.—(*Teniendo que sonreirse.*) Como siempre

(Durante el tumulto anterior, Yoshitara se ha escurrido, subiéndose de nuevo al tejado. Las cuatro personas de abajo se miran entre sí y se sonríen).

SUEJIRO.—Una persona normal estaría enojada con vosotros por haberla puesto en el humo, pero, mirad: él lo ha olvidado todo; (*Llama.*) ¡Hermano!

YOSHITARA.—Suejiro, preguntéle al Dios Kompira y me dijo que no la conocía.

SUEJIRO.—(*Sonriente.*) Tienes razón. El Dios te inspirará a ti, y no a sacerdotisas como aquella.

(A través de una hendidura en las nubes, la dorada luz del crepúsculo ilumina el techo).

SUEJIRO.—(*Exclamando.*) ¡Qué bello atardecer!

YOSHITARA.—(*La casa alumbrada con la luz del sol.*) ¡Sue, mira! ¿No ves un palacio de oro en aquella nube lejana? ¡Allá! ¡Allá! ¿No lo ves? ¡Mira solamente! ¡Qué bello!

SUEJIRO.—(*Sintiendo el desconsuelo de no estar loco.*) Sí, lo veo. Lo veo, también. ¡Maravilloso!

YOSHITARA.—¡Allá! Dentro del palacio se escucha la música de flautas, la que adoro sobre todas las cosas! ¿No es bello todo eso?

(Los padres han entrado en la casa. El hermano loco en el techo y el hermano cuerdo en el suelo, permanecen mirando el crepúsculo dorado).

TELÓN

NOTA.— Kan Kikuchi, autor de *El loco en el tejado*, es tenido como uno de los más versátiles e inteligentes escritores del Japón. Es un novelista de mucho prestigio, cuentista y dramaturgo. A pesar de su juventud, es muy solicitado por los lectores japoneses y es uno de los colaboradores más bien pagados por las revistas y periódicos. Sus argumentos cubren un radio muy amplio, desde episodios históricos y legendarios, hasta modernísimas creaciones dramáticas.

El Loco en el Tejado se publicó en 1919 y se representó en 1920, en el Teatro Imperial de Tokio; Kanya hacía el papel de Yoshitaro. Otros dramas de Kikuchi, muy gustados, son: *El Amor de Tojuro* y *Más grande que la venganza*, obras en tres actos; y *La vuelta del Padre*, *El hijo de un revolucionario*, *Un héroe del mar*, *La esposa que se dedicó a las tablas*, todas, piezas en un acto.

(Tomado de la introducción al libro *Tres piezas modernas del teatro japonés*, por Glenn Hughes).

San José de Costa Rica, 1925.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración: LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Alfar

Mensuario

Diréctor: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

BAJO este título acaba de publicar el doctor Roderich Schlubach, de Hamburgo, un artículo de tanto interés para los colombianos, que creo imprescindible su reproducción. Dice el doctor Schlubach:

«Desde el otoño del año pasado, en la costa del Ecuador y especialmente en el norte del Perú, se ha manifestado un notable cambio de clima. Atribuíase este cambio a una casualidad, pero ahora parece demostrado que sus causas probables son revoluciones geológicas efectuadas en el fondo del océano pacífico.

»Desde remotos tiempos, corre a lo largo de la costa suramericana una corriente fría que en la latitud de Coquimbo (al norte de Valparaíso) se aproxima a la costa y sólo al norte del Perú, es decir, en la latitud del desierto llamado Lechuza, se dirige de nuevo mar adentro. A lo largo de todo ese espacio de la costa bañado por la corriente, no se ha hallado siquiera un vestigio de vegetación, ni en tal sector se han observado lluvias. El extremo sur de la zona estéril corresponde a los grandes desiertos del norte de la República de Chile, al sur de la frontera peruana donde se encuentran los famosos y extensos yacimientos de salitre, cuyo origen se debe solamente a la falta absoluta de lluvias. También las islas de Guano, en la costa peruana, y los grandes yacimientos de sal del Perú, pueden atribuírse a la sequedad extrema de dichas regiones.

»El clima de la costa ecuatoriana, aunque dicho país está directamente situado bajo el Ecuador, no puede compararse, respecto del calor, con los países de América Central. Ello se debe a la influencia de la corriente fría que corre a lo largo de la costa pacífica hacia los lindes septentrionales del Perú. En cambio, el calor tropical de la costa pacífica de América Central, muy notable hacia México, se debe a la influencia de la corriente ecuatorial caliente que saliendo de la región del archipiélago de las Carolinas, atraviesa el Pacífico y toca en la costa de América Central, en la latitud de la península de Nicoya (Costa Rica). De esta corriente ecuatorial se separó un pequeño brazo lateral, terminado en forma de un remolino muerto en la bahía de Panamá, produciendo así un clima tropical en la costa occidental, tanto de la costa como del Ecuador.

»Lo que haya sucedido anteriormente en el abismo del mar pacífico aún no se ha explicado satisfactoriamente, pero ya está comprobado el hecho de que actualmente el brazo lateral de la corriente ecuatorial alejándose de su ruta anterior, pasa

¿Qué sucede en la costa pacífica de Suramérica?



como corriente sumamente fuerte a lo largo de la costa septentrional del Perú.

»Anteriormente se observaba, en el mes de diciembre, en el golfo de Panamá, un aumento en el volumen de la corriente cálida. En el presente año ésta se desvió notablemente hacia el sur.

»Los efectos de este cambio se han manifestado en algunas regiones de manera desastrosa.

»De todo el litoral de la República del Ecuador, se anuncian aguaceros enormes: hace semanas todas las líneas telegráficas y ferroviarias al norte de Guayaquil, están interrumpidas por tal motivo, entre la capital y el puerto nombrado. Las cosechas de tagua y de cacao se han perjudicado notablemente.

»Pero no sólo en la costa del Ecuador sino en la República del Perú, se han manifestado de modo extraordinario los efectos del fenómeno apuntado. Desde el 12 de enero del presente año se ha venido confirmando, ahora sí de modo científico, un notable desvío de la corriente hacia el sur, cosa que en un principio pasó

inadvertida. Posteriormente se ha reconocido, mediante medidas exactas, que el agua del mar en el punto donde concluía la llamada corriente (fría) de Humboldt, aumentó de su calor medio de 14 grados *R* hasta 18 grados *R* y más.

»Sin interrupción, desde entonces han caído torrenciales aguaceros, desde los linderos septentrionales del Perú hasta la región comprendida al sur de Lima. Ríos que durante muchos años permanecieron secos, tienen ahora un voluminoso caudal de aguas.

»La ciudad de Trujillo (en el norte del Perú) antes de clima enteramente seco, fué hace poco destruída casi por un aguacero. El desierto Lechuza, en épocas pasadas gris y estéril, empieza en la actualidad a cubrirse de vegetación fresca. De Lima, es decir, de una ciudad en donde apenas se conocía la lluvia, desde el mes de marzo, se reciben noticias de que a causa de los aguaceros, los ferrocarriles, la iluminación municipal, etcétera, han sufrido gravísimos perjuicios.

»Una de las rentas más fuertes del gobierno del Perú, es la de la recolección del guano en las islas situa-

das un poco al sur de Lima. Hace algunos años, podía allí el gobierno explotar sin dificultad alguna el guano depositado en esos sitios por multitud de pájaros marinos, explotación que era muy fácil, si se tiene en cuenta que la sequedad del clima convertía las materias en una masa dura; pero ahora sucede que a causa de los aguaceros, una gran parte del guano ha sido ablandado y lavado y arrastrado de consiguiente al mar.

»En la actualidad, naturalmente, no se puede decir hasta qué punto podrá adelantar esta corriente, llamada por los ecuatorianos «El Niño»; pero se puede predecir que su avance continuará y que dentro de poco estarán en peligro los yacimientos de salitre del norte de la República de Chile. Hasta hoy se ha anunciado la progresión de lluvias en dirección sur de Lima hacia la latitud de Pisco, es decir, más o menos a los 15 grados sur; mientras que en años pasados el límite de las lluvias se encontraba en la latitud de Paita-Piura al norte de los 5 grados sur. Hoy por hoy sería inútil profetizar en tal sentido, pues se ignora la causa de esta progresión repentina en la considerable extensión de 10 grados. Desde el grado 60 sur, más o menos, se extiende a lo largo del grado 110 de longitud una elevación cuya cima, al sur del Ecuador, está formada por la famosa isla de Pascuas.

»Allí se encuentran ídolos antiquísimos cuyo origen ningún sabio, hasta hoy, ha podido interpretar. Hace poco tiempo se registraron en México fuertes movimientos sísmicos provenientes de este 110 grados de longitud. Podríamos suponer que dicha elevación submarina que atraviesa todo el Pacífico, hasta México, se ha bajado por causa de algún procedimiento tectónico. Esto daría la única explicación al fenómeno de que la corriente ecuatorial, anteriormente regular, haya buscado de repente otro cauce. Una erección de este lomo no podría considerarse probable, puesto que todavía no se han anunciado en ninguna parte del Pacífico olas de marea extraordinarias.

»Ahora bien: que todas las regiones de aquella costa estén en tensión sí puede deducirse del hecho de que se ha aumentado en estos últimos meses la actividad de los volcanes en toda la costa de la América del sur y central. Anuncian, por ejemplo, que en Guatemala fuera del volcán de Santa María, acaba de entrar en actividad el volcán de Fuego, apagado desde 1878. También de las otras Repúblicas de México, Nicaragua, Salvador, Costa Rica, etc., se reciben noticias de que la actividad de los volcanes aumenta.

»Sería para las ciencias naturales de sumo interés fijar la atención en los fenómenos que se manifiestan actualmente en la costa occidental de Suramérica».

Comparto los conceptos del ilustre sabio a quien pertenecen las líneas anteriores y más en el sentido de que sería aventurado adelantar opiniones basadas en las observaciones que se han hecho. Sin embargo, es seguro que si los fenómenos siguen y la nueva corriente conserva su dirección y su fuerza, sobrevendrá una verdadera revolución económica en los países a que afecta este cambio. En este año las Repúblicas del Perú y de Chile, por una parte, van a perder su importante industria de abonos naturales, pero van a ganar, de otro lado, nuevos territorios que sirvan para cultivos tropicales como el cacao, el café, etc. En cambio, puede esperarse la eventualidad de que se efectúe un cambio desfavorable en el clima (respecto de las lluvias) en las costas pacíficas de las Repúblicas de México, Guatemala, Salvador, Ni-

caragua, Costa Rica, Panamá y Colombia, a causa del cual sufrirán los cultivos tropicales en aquellas regiones. Desde este punto de vista son de interés especial las noticias sobre la sequedad alarmante de Buenaventura, donde, según noticias de la prensa, durante el verano pasado se observó una tremenda escasez de agua. Afortunadamente posee Colombia en el Chocó grandes selvas vírgenes que servirían como reserva de humedad (naturalmente si quedaran intactas), para mantener la agricultura y la ganadería en los Departamentos vecinos de Antioquia y Caldas.

En todo caso, el asunto es de tanta trascendencia, que las autoridades deben tomar todo empeño en el estudio de tales fenómenos, cometido que debía encomendarse a la comisión geológica que va próximamente a la costa del Pacífico a estudiar el fenómeno apuntado mediante observaciones exactas sobre la lluvia y medidas de la temperatura del mar en aquellas costas.

Dr. ARNOLD SCHLTZE

(Cromos, Bogotá).

Comentarios fugaces

FIGURAS jóvenes, figuras nuevas... La preocupación es noble. Ojalá que sea también ampliamente sincera y comprensiva. Para eso es preciso que procuremos aprender a buscar a esos hombres jóvenes, nuevos; y que procuremos aprender también a colaborar en la tarea de ayudarlos a alcanzar la oportunidad que necesitan. Por cierto que no siempre, ni con frecuencia quizás, se encontrará ella en el desempeño de ostentosas funciones públicas, sino que, al contrario, será común que aparezca lejos, muy lejos de ahí. Pero en todo caso, el interés de que los jóvenes sobresalientes del país tengan siquiera ante sí la promesa de una oportunidad, es digno de ser cultivado con amor. Y todos estamos en aptitud de contribuir al cultivo de ese interés social que, sobre todo, debería tener arraigo persistente en la labor de los periodistas.

Esto nos hacen pensar ciertas expresiones de adhesión a un Carlos Luis Sáenz, por ejemplo; o el hecho de haber sido llamado Octavio Jiménez a organizar y dirigir una importante oficina pública. Ya sabemos que no son esos precisamente los tipos de jóvenes que suelen interesar a los periodistas politiqueros. Y jóvenes como éstos, aunque es natural que no abundan, los hay en el país en proporción suficiente a significar una esperanza realmente consoladora. No de ficción y conveniencia como las

que le complace exaltar a la adulación gacetillera, para la cual sigue siendo obligatorio, o por lo menos muy conveniente, sacar a los jóvenes que exhiben sus vitrinas de consagración, de entre la masa dorada de la juventud que triunfa en la vida social. Es la juventud que brilla y vale la pena cantar la gloriola de sus opeles.

Y en cambio a la otra, a la modesta juventud que renuncia al triunfo pecuniario y a la intriga politiquera, a la que hace del decoro principio de su vida, a la que rehuye teatrales ostentaciones y prefiere las íntimas victorias del espíritu... ¡ah! a esta juventud hay que ignorarla con encono y si es posible deprimirla con envidia y, en suma correrle el paso con oscura agresión.

Y no sería vano añadir, acerca de otra faz del asunto, que dentro de una más elevada y justa apreciación de valores habría que buscar a los jóvenes verdaderamente distinguidos y respetables del país en todos los campos de actividad.

Es decir, no solamente en el sector de las actividades intelectuales, ni menos bajo la guía de aquel exclusivismo que sólo en la afición literaria sabe reconocer méritos y capacidades.

EL PASAJERO

Heredia y setiembre.

La lección de los insectos

DE esto hace ya muchos años. Cuando llegaba la primavera—en las mañanas claras, en las tardes limpiadas—se abrían las ventanas del estudio de par en par. Por los anchos vanos se columbraba la extensa huerta. Una fila de montañitas bajas, terrosas, desnudas, cerraba el horizonte. Hondas añadas bajaban, desde las faldas de los montes, hasta morir en la suave y muelle extensión verde de la huerta. Por esta huerta devaneábamos las tardes de los días de fiesta. Ascendíamos de cuando en cuando a las montañas. En los pradecillos de aterciopelada hierba nos reposábamos durante largos ratos. Ansiosos de distracción, embriagados por la luz vívida y el aire penetrante y sutil, todos los niños—encerrados durante la semana—íbamos nerviosamente de una parte para otra, examinábamos los árboles, nos tendíamos sobre la tierra y levantábamos con cuidado las piedras.

El autor de estas líneas era de los niños que preferían la dicha postrera ocupación. Debajo de las piedras aparecía la tierra negruzca, húmeda. Sobre la mancha oscura del terrazgo resaltaba el trazo amarillo de una escolopendra o de un escorpión. En el colegio—formando parte del Museo de Historia natural—había un magnífico insectario. La captación de los insectos era una tradición en el colegio. Se nos enseñaba a cazar y preparar en cartones limpios y cuidados todas esas minúsculas bestezuelas. La variedad de ellas es grande. El reino de los insectos es variado y pintoresco. Diríase, cuando se ha adentrado un poco en el estudio de la entomología, que el planeta ha surgido de la nada, no para el hombre, sino para el insecto. El insecto corre sobre la tierra, devanea graciosa y fácilmente por el aire, camina sobre las aguas, mina y abre galerías en la tierra, en la madera y en los libros. De niño, una nerviosidad irreprimible nos llevaba—allá en los años, tan lejanos, del colegio—a observar las costumbres de estas extrañas criaturas.

Las escolopendras, largas, planas, casi transparentes, de un color amarillento obscuro, caminaban con movimiento lento, suave, sinuoso. Los escorpiones, gualdos, como fabricados de oro, del más puro oro viejo, permanecían un momento inmóviles; luego comenzaban a moverse despacio, dándose cuenta de su nueva posición, levantando y bajando la cola armada del terrible pequeño garfio. Todos los insectos que yacían debajo de las grandes piedras, en la obscuridad y



«Jean H. Fabre»

en el silencio, se removían inquietos ante la viva luz que de pronto caía sobre ellos. No era ésta su hora de salir de sus escondrijos; algo anormal, fuera del orden establecido, sucedía en el mundo. Y la escolopendra, sinuosamente, con suavidad y lentitud, movía su largo cuerpo anillado. Y los cochinitos, cenicientos, con sus numerosas patitas, se hacían una bola bruñida, como de acero. Y alguna araña—de las tenizas mineras—salía alarmada, precipitadamente, de su yaciga guateada y blanca.

El mundo de los insectos es variadísimo. La variedad de las arañas tan solo es innumerable. Cada animalillo, en el vasto reino de los insectos, tiene sus costumbres. En las razas humanas no existe tanta variedad como en la entomología. De un cetonio a un girina la distancia es inmensa. Son los insectos, verdaderamente, los dueños del planeta.

Tenía los ojitos cansados. Era un viejecito limpio, silencioso. Los ojos era lo que más llamaba en él la atención. Parecían cansados, fatigados de tanto mirar. La boca del anciano se contraía con un gesto de tozudez y de obstinación. Ese mohín que tienen los niños cuando están aplicados a alguna cosa, él lo ha tenido durante toda la vida. A los ochenta años, la contracción de la boca—la contracción del niño que se obstina,—él la tenía como en la infancia. Su traje es pobre. Lleva siempre un ancho sombrero: un sombrero de espaciosa alas, que le sombrea la frente en su caminar por la plena campiña. Se levanta con el alba. Todos están aún dormidos en la casa. Sus pasos, queditos, son como un estrepitoso des-

pertador. Todos se levantan a poco. Las puertas y las ventanas quedan abiertas. El gran laboratorio—donde están los insectos cautivos—comienza a vivir. Y ya durante todo el día, en la casa y en el campo, el anciano no cesa de trabajar. Cuando va por el campo, lleva un lente redondo, una cajita con aserrín y una redecilla de hilo.

Con tan sencillo instrumental, Juan Enrique Fabre ha realizado una de las más bellas y fecundas obras científicas modernas. Diversas biografías se han publicado del gran naturalista. En estos días acaba de publicarse una nueva: *La vie de J. H. Fabre*, por Eduardo Maynial (Plon, editor, París). Niños y grandes deben leer estas instructivas páginas.

¡Qué distancia tan grande desde los tres volúmenes de entomología, publicados en los Manuales Roger (1843) hasta los soberbios *Recuerdos entomológicos* de Fabre! Los insectos son para el hombre, en general, una perpetua lección de filosofía y de ciencia de la vida. Son para el artista un compendio de doctrina estética. El gusto por el pormenor y el sentido de lo perfecto—todo el arte está aquí—desaparece de las generaciones nuevas de escritores. No se tiende nunca a perfeccionar la obra. Se lanzan los libros a medio acabar. No se persigue el pormenor pacientemente. Se pasan páginas y páginas en una novela sin encontrar un detalle auténtico, vivo, significativo. Los insectos son perfectos y meticulosos. La araña llamada teniza minera—ya la hemos nombrado—abre un agujero en la tierra; reviste sus paredes de suave y alba seda; construye una cubierta, del mismo color del terreno, y cierra su habitáculo de modo que nadie puede advertirlo. La epeira teje su tela urbicular con una precisión de círculos concéntricos que admira a los geómetras; el cetonio, limpio y brillante, escarba con sus patitas las hojas de la rosa, y se guarece con delicadeza extraordinaria en el seno muelle y oloroso. De la hormiga ¿será preciso hablar? Las maravillas de la abeja, ¿será preciso referirlas?

El mundo vivo de lo pequeño es el mundo de la perfección. Aprendan los escritores jóvenes un poco de entomología. Un niño que la haya practicado será siempre, en su vida, inclinado a la observación y al pormenor.

AZORIN

(De *A B C*, Madrid).

Página lírica de William Cullen Bryant

=Ha hecho la traducción ENRIQUE HINE,
en San José de Costa Rica.=

Thanatopsis

La Gran Naturaleza
en un lenguaje múltiple se explica
con el que ama su inmortal belleza
y en alta comunión se identifica
con sus formas visibles;
le alborozan en sus horas apacibles
con voces de bellísima elocuencia,
sonrisas y alegría;
se desliza en sus hondas amargas
y antes de que adivine su presencia
el alma, con doliente simpatía
mitiga sus torturas.
Cuando empañe tu espíritu la idea
de las angustias del postrer instante
y con terror tu pensamiento vea
la imagen de tu cuerpo agonizante,
la blancura glacial de tu mortaja
y la sofocación horrible y muda
en las tinieblas de tu angosta caja;
cuando en tu corazón muerda la duda,
álzate con empujes de grandeza
bajo el azul del infinito cielo
y escucha fervoroso la enseñanza
de la Naturaleza,
mientras, como un heraldo de esperanza,
en los abismos del etéreo velo,
sobre la tierra y en las aguas, suena
una límpida voz, firme y serena:
«Sólo unos días y jamás tus ojos
volverán a gozar con el encanto
de ese sol que describe su camino
mientras todo lo mira, y tus despojos,
ni en el sepulcro que humedece el llanto,
ni del mar en el seno cristalino,
tu imagen guardarán, porque la tierra,
que tu cuerpo nutrió, querrá mañana
que a sí torne la savia que él encierra
para que tierra sea, y ya perdida,
al fin, la huella de tu forma humana
y tu existencia individual vencida,
irás con los eternos elementos
a hermanar con las rocas insensibles
y los céspedes lentos
que descuaja el labriego distraído;
y el roble, sus raíces invisibles
tejerá entre tu cuerpo enmohecido.
Pero a ese retiro silencioso
del eterno reposo,
no irás tú solo, ni soñar podrías
un lecho más espléndido y hermoso:
en él descansarás con los patriarcas
que contemplaron los primeros días
del mundo, con los sabios, los monarcas,
los profetas de barba encanecida
en los tiempos remotos e ignorados
y con todos aquellos que la vida
ungió con el poder y la hermosura,
por siempre sepultados
en tan sólida y amplia sepultura.
Los montes con sus ásperos collares
de fuertes rocas, como el sol antiguas;
los valles melancólicos que sueñan



WILLIAM CULLEN BRYANT. (1794-1878). Poeta norteamericano y periodista. Abogado también. Nació en Cummington, Mass. Fué editor de la *New York Review*, primero, y del *New York Evening Post*, después, y hasta su muerte. *Thanatopsis* es una de sus poesías más famosas.

entre las lasitudes seculares
de las selvas contiguas;
los majestuosos ríos que despeñan
en los abismos su caudal ruidoso;
los limpios arroyuelos
que alfombran de verdor el fértil llano;
y, bajo el combo espejo de los cielos,
vaciada en un derroche prodigioso,
la gris melancolía del océano,—
decoraciones son, grandes y bellas,
del templo sepulcral del sér humano,—
y ese sol, esa luna, esas estrellas,
que nos lleñan de gozo y nos deslumbran,
cirios de resplandores funerarios,
que al través de los lapsos milenarios,
el antro negro de la muerte alumbran.
El vasto grupo humano
disperso en los contornos de la Tierra,
cabría, comparado al mundo muerto
que ella, en el hondo arcano
de sus entrañas fértiles encierra,
entre la crispatura de una mano.
Vuela sobre la arena del desierto
en alas de los vientos, extravía
tu libre fantasía
en la espuma de rápidos torrentes
que, al abrigo de bosques ignorados,
oyen sólo el fragor de sus corrientes:
aun allí están los muertos enterrados;
los muertos, que los hombres, a millones,
en esas latitudes solitarias,
pusieron a dormir de cara al cielo,
desde que, en las primeras convulsiones
de la vida, en las masas planetarias,
el primer siglo alzó su lento vuelo.

Ellos reinan allí, solos; un día
irás también a descansar. ¿Qué importa,
si el destino falaz tu vida corta,
que lejos de la humana algarabía
te vayas, en silencio y sin testigos,
y que tu brusca, inesperada ausencia,
ignoren tus amigos?
• Todo lo que respira en la existencia,
por ley fatal, compartirá tu suerte;
y aunque algunos reirán a tu partida,
y la rueda solemne de la vida
igual se moverá tras de tu muerte,
y cada cual perseguirá como antes
su sombra preferida,
sonarán, para todos, los instantes
de la renunciación de los placeres,
del amor, del hogar, de los quehaceres,
para embocar por el camino estrecho
y a tu lado gozar del mismo lecho.
En tanto que los siglos, a lo lejos,
se pierden en la bruma
del tiempo y el olvido los esfuma,
los hijos de los hombres: albos viejos,
dulces niños de cándida frescura,
jóvenes en la edad florida y bella
y la dama de clásica hermosura
y la casta doncella,
irán formando un grupo, que a ti viene
empujado por otros a su turno.
Vive, pues, sin temor y cuando orde
la voz imperativa del destino,
que sigas al cortejo taciturno,
a la eterna, incontable caravana
que del hondo misterio va en camino
a ocupar los oscuros aposentos
del callado recinto de la muerte,
no vayas tembloroso y sin alientos
como el mísero esclavo a quien insulta
y fustiga en la sombra el amo fuerte
para encerrarlo en su prisión oculta.
Acércate al sepulcro, sostenido
por la serenidad de tu confianza,
como quien, en su lecho apetecido,
provocando visiones de esperanza,
desdobra el cobertor blando y sedoso
y se tiende a soñar un lindo sueño.

Junio de 1925.

A un ave marina

¿Adónde vas flotando
hacia el ocaso en ondulante vuelo
sobre el fondo carmín húmedo y blando
que inunda el amplio cielo?

En vano intentaría
el cazador con su mirada inquieta,
seguir en la purpúrea lejanía
tu lánguida silueta.

¿Buscas tras de la bruma
lago entre juncos o fluvial remanso
o playa que las olas con su espuma
salpican sin descanso?

Un poder vigilante
al través de los cielos sin medida

te ha enseñado a volar sola y errante
pero nunca perdida.

Tus alas resistentes
abanican la atmósfera liviana
desde el amanecer, indiferentes
a la noche cercana.

Y al fin tendrás reposo,
cielo estival y amor y hogar querido
el bambú doblará su tallo airoso
al peso de tu nido.

Te fuiste y aunque nada
resta ya de tu forma en el poniente,

tu serena lección quedó grabada
en mi alma eternamente:

Quien de uno a otro polo
tus alas guía en el azul profundo
la larga senda fijará que solo
voy siguiendo en el mundo.

S. Carlos de Bariloche,
5 de Julio de 1925.

Señor don

Joaquín Edwards Bello

Santiago

Mi querido amigo:

Para Ud., que parece haber asumido en la prensa de nuestra capital las simpáticas funciones de "abogado de ausentes", no habrá de ser motivo de asombro recibir estas líneas destinadas a la publicidad. Acaso el dato no interese, pero no creo impertinente declarar que son las primeras que con tal objeto escribo desde hace a la fecha un año y quizá dos. Durante este tiempo me he visto muchas veces mencionado o aludido, casi siempre con hostilidad, sin que nunca se me haya ocurrido intentar una rectificación, ni siquiera una explicación. "Para qué"—me digo, como Azorín, y continúo leyendo y meditando en medio de la paz de este rincón montañoso y frente a este lago maravilloso en cuyo fondo vibran aún, con plañir de siglos, las campanas de oro de la Ciudad de los Césares.

Una mano cariñosa, de esas que no olvidan ni traicionan, ha hecho llegar hasta mi retiro un ejemplar de un diario de Santiago en el que aparece una crónica *José Santos Chocano y España*, suscrita por Gabriela Mistral. Demás está decir que la leí con agrado, pues si hay algo que me resulta siempre interesante es la prosa de mi ilustre comprovinciana y amiga. Desdichadamente para mí, esta impresión, que en otras ocasiones ha sido absoluta, hubo de verse ahora entorpecida y hasta neutralizada por la extrañeza que produjo en mi ánimo de admirativo lector la condición bastante poca airosa en que se me deja colocado frente al eminente poeta peruano, autor él de la diatriba lírica *Fin de Raza* y autor yo de la parodia satírica *Mal Fin*. Confieso que es para mí un gran dolor el haber sido obligado a poner solución de continuidad a mi silencio por la mano tantas veces piadosa de Gabriela Mistral.

Y digo piadosa, porque ha sido indudablemente un impulso de piedad, muy de mujer y de poetisa, el que ha movido a la autora de *Desolación* a crearse el compromiso de deshacer la mala atmósfera que, no como poeta sino como ciudadano, rodea en

Chocano y España

Chile y en su propia patria el nombre del turiferario del dictador Leguía. Yo le hago a esa corazonada de nuestra grande escritora y maestra todo el honor que se merece. Todavía más: yo no me atrevo a dudar de la buena fe con que ella manifiesta creer en la leyenda de *Las Dos Leyendas*. Es propio de los altos espíritus resistirse a aceptar la existencia de las ajenas ruindades. Pero hay que convenir en que a Gabriela le ha ocurrido esta vez lo que les suele pasar a algunos abogados: que en su vehemencia por defender al reo hacen blanco en el abogado de la parte contraria.

Del propio tono que ella emplea para referirse a mí y a mi actitud, rezuma un sabor de piedad que yo me apresuro a rechazar porque no lo he menester. Mi distinguida compañera me concede que yo sea un hombre de "caballerosidad cabal", afirmación que es obvia cuando se trata de personas que nada han hecho jamás para que se ponga en duda su hidalguía; pero que hace falta estampar al referirse a sujetos de otra calidad, a entes desequilibrados, por ejemplo, que tienen en su moral la zona antípoda de su inteligencia, o a simuladores astutos que hacen de la literatura un zarcillo trepador.

No tengo ni he tenido jamás el menor interés en conspirar contra el buen crédito del señor Chocano. No habría tampoco para qué. Las celebridades poseen el triste privilegio de no pertenecerse. Lo malo o bueno que ejecuta un hijo de vecino ha de vocearse para que obtenga alguna repercusión; pero ¿quién no sabe (para algo están los diarios) qué clase de cigarrillos fuma D'Annunzio, dónde compraba Lenin sus lentes y hasta cuántos años tiene, exactamente, Perla White? Así, no soy yo, con mi parodia (cuyo único mérito, si alguno posee, es el de la espontaneidad del móvil), quien ha arañado el estuco de la pared del edificio moral del autor de *Fin de Raza*. Su hoja de servicios, base de su biografía de mañana, es demasiado conocida...

Afirma Gabriela Mistral que mi actitud obedeció a un error, al que fui conducido por la publicación maliciosamente trunca de *Las Dos Leyendas*, díptico del que no conocí (y

aún no conozco) más que una de las dos mitades. ¡Es harto curioso! Es harto curioso y sugestivo que esa mitad, precisamente la mala, la injuriosa, la corrosiva, se haya publicado en Nueva York, en los días mismos en que Chocano (fugitivo de España porque la benevolencia policial le había permitido huir) vagabundeaba por el barrio de los suramericanos rumiando algún canto a Niágara Falls o al puente de Brooklyn. No se necesita ser «varón hispanizante», (y a mucho honor) para sentirse indignado ante la repugnante palinodia del que en *Alma-América* comenzó diciendo, en cortésana dedicatoria a S. M. el Rey Alfonso:

Vengo desde la América Española
a ofrendar este libro, en que se siente
latir un corazón...

para reventar después en la marejada de blasfemias, befas y maldiciones de *Fin de Raza*, explosión de virus servido en ánfora de romancesca estrofa que yo, a pesar del tiempo transcurrido, no sería capaz de reproducir.

No, es ingenuo, es pueril el subterfugio. Innecesario además, porque los españoles, mitad por hidalguía innata, mitad por admiración al genio poético del ingrato, ha tiempo que lo han perdonado, como lo demostraron con ocasión del trance de muerte en que éste se encontró, incorregible palaciego, a raíz de la caída del tirano guatemalteco Estrada Cabrera. Partió de España, de la escarnecida España, de aquella «cuyo sólo nombre es como una macabra visión», la iniciativa en favor del indulto y la libertad del autor de *Fin de Raza*... ¡Y esta sí que no es leyenda, ni negra ni dorada!

Con todo mi afecto y mi admiración por Gabriela Mistral (y conste que nos conocemos desde la época de los pininos literarios, allá por 1898, cuando ella era maestra rural y yo periodista lugareño) no puedo agradecerle el riesgo en que me pone de pagar los platos rotos en este conflicto sui-generis. Porque, vamos a ver, si gracias a su cálido y candoroso alegato y a otras semejantes gestiones queda demostrado que el señor Chocano no ha delinquido blasfemando contra España, si resulta que el señor Chocano ha sido, es y seguirá siendo siempre un hispanófilo

ferviente, entonces el autor de la parodia *Mal Fin* no es más que un intrigante entrometido, un simulador insidioso que, logrando concitar el odio de toda una nación contra un colega excelso, quiso granjearse las simpatías y el favor de los españoles. Y es claro, está a la vista el cúmulo de beneficios que ha obtenido: medallas de Isabel, sillones académicos, invitaciones a dar una vueltecita por la Península, fiestas de homenaje, en fin, la apoteosis en verde.

Y para terminar (y ya que es de viejos el hacer recuerdos) séame permitido contar cómo se generó la parodia que tantos malos ratos va costándome. Era en los buenos tiempos de las temporadas de Montero en Valparaíso. Con la chifladura del teatro en la sangre, soñando con estrenar, con ser aplaudido, llamado a escena, mirado con curiosidad por los transeuntes, (¡qué candor!) yo me pasaba las noches metido en el camarín del ágil cómico y autor catalán que solía obsequiarme un buen cigarro y un consejo no peor. En una ocasión de tantas, encontré a Mon-

tero algo nervioso, como trabajado por una molestia que no se decidía a revelar. Detalle característico: mordía tenazmente la punta del habano hasta deshacerlo. Creí que se trataba de algún episodio de bastidores y guardé reserva. Terminada la función, y ya al despedirnos, el artista me pasó un papel impreso doblado en cuatro partes, a tiempo que me decía con aire preocupado y serio, bastante raro en él:

—Hijo, mañana me traes la respuesta.

En el tranvía desdoblé el impreso y leí: «Fin de raza, por José Santos Chocano». Era una hoja arrancada a una revista que se publicaba en idioma español, en Nueva York. Esa misma noche quedó escrita la parodia, de la que puse una copia en manos de Montero. Aún recuerdo la emoción con que la leyó, en su propio camarín, interrumpiendo para ello la operación del maquillaje a que se había entregado. Como de costumbre había llegado al teatro a última hora y el segundo apunte amenazaba ya con la terrible tercera...

Lo ví llorar y venirse a mis brazos.

—Lágrimas de cómico, dirás tú, me dijo:

—No,—le repliqué emocionado,—lágrimas de español.

Montero entregó la poesía a Juan Manuel Rodríguez, a la sazón Director de la revista *Sucesos* en cuyas páginas se publicó a la semana siguiente formando un díptico con la de Chocano, es decir una al lado de la otra. Lo demás lo sabe todo el mundo. Pero lo que no todo el mundo sabe es que por entonces aún no se había puesto en moda la hispanofilia, que a tantos ha aprovechado más tarde...

Supongo que el gran lírico peruano se habrá arrepentido, muchas veces de su ex-abrupto: lo que es de mi parodia, yo no me he arrepentido pero tampoco me he jactado jamás.

S Affmo. amigo y compañero,

VÍCTOR DOMINGO SILVA

(*La Nación*,
Santiago de Chile).

Lima, 10 de julio de 1925.

A Gabriela Mistral.

La Serena (Chile).

Gran Poetisa y noble amiga:

He leído con satisfacción fraternal la publicación ⁽¹⁾ hecha por usted en referencia al supuesto «anti-españolismo» de quien, sin embargo, «creó un nuevo lazo de unión entre España y América» según la frase con que consagra mi esfuerzo don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Es tan gentil la actitud de usted, que en vez de hacerle la protesta innecesaria de mis agradecimientos, creo que debo enviarle mis efusivas felicitaciones. Sin poderles felicitar, debo sí protestarles mis agradecimientos a quienes al ocuparse, año tras año, de mi poema *España Negra*—tergiversado y desglosado maliciosamente del conjunto, en que el anverso es mi poema *España Aurea*—no hacen más que reconocer y proclamar con su insistencia la importancia de la pequeña obra aunque trunca y naturalmente la de su autor, así como la ineficacia de los contrarios esfuerzos hechos durante más de quince años consecutivos... La «difamación» envuelta en tales procedimientos es tarea que por innoble nunca logró inspirarme sino tristeza piadosa hacia quienes la practican: bien sabe Ud. la pena que merece en Inglaterra y en los Estados Uni-

Carta abierta

dos, en donde se sabe entender bien la Libertad de Imprenta. Hace mucho tiempo que practico esta máxima mía de la más inflexible lógica: Sólo me puede empequeñecer con su ofensa quien me hubiera podido engrandecer, sin ser yo nadie, por virtud de su elogio—En concepto de la gente culta, los difamados ganan antes bien en significación lo que pierden siempre en decencia los difamadores: la actitud de Ud. por ser precisamente contraria a la difamación, tiene que merecer la aprobación unánime de la gente culta.

Respecto al deseo que me hace Ud. saber de los universitarios de México y Argentina, para que interponga yo mi influencia cerca del mandatario del Perú, a fin de que cese en su «persecución» a los universitarios que hagan política—claro está—contra el mandatario, me interesa (sin discutir opiniones, ni procedimientos) hacer constar solamente que, aunque me siento muy honrado con la amistad particular, desde hace muchos años, del señor don Augusto B. Leguía, no soy ni he pretendido ser «el hombre oficial y poderoso» que textualmente se me supone: mi nombre no figura para nada en los círculos políticos, ni en la vida pública de mi país.

Sin asumir actitudes de propaganda y dejando opinar y proceder a cada

uno como mejor le parezca, confieso a Ud. que desearía el que los universitarios de la América hispana se mantuviesen como reserva, libres de contaminaciones con los actuales sectarismos sociales y apasionamientos políticos, serenamente al margen de todas las inquietudes extrañas a su estudio, como se mantienen y se mantuvieron siempre los universitarios de Estados Unidos, de Alemania, de Inglaterra, para citar moldes pedagógicos a todos familiares.

Creo oportuno, finalmente, darle a Ud. noticia de que el Gobierno de mi país hubo recientemente de poner en prisión a dos hijos míos, diz que por mezclarse en agitaciones populares; y a uno de ellos sólo lo dejó en libertad cuando, después de un mes de castigo, se persuadió de que se trataba de una falsa información. Encontrando yo muy justificada la actitud del Gobierno para con estos hijos míos, me parece innecesario decirle a Ud. al respecto, una palabra más.

Con la mayor sinceridad, le reitero mis cordiales felicitaciones y l. b. l. p.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

(*La Crónica*, Lima).



Los artículos que no lleven indicación de donde se han tomado, deben considerarse como envío directo de sus autores a este semanario.

(1) Véase en el tomo anterior del *Repertorio*, número 19.

MÉJICO no ha tomado parte oficialmente en la VII Conferencia Internacional del Trabajo; pero, como anunciamos oportunamente, envió un «observador» que ha presenciado varias de las sesiones y ha acudido a todas las reuniones públicas y privadas del grupo obrero.

Este observador es don Vicente Lombardo Toledano, ex-gobernador del Estado de Puebla y concejal del Ayuntamiento de la ciudad de Méjico. Lombardo Toledano ha dedicado especialmente su atención a las cuestiones relacionadas con la enseñanza, siendo en la actualidad presidente del Comité de Educación de la Confederación Regional Obrera Mejicana. En nombre de esta potente organización ha venido a Ginebra, y ante ella debe dar cuenta de lo que ha visto y oído en la Conferencia Internacional del Trabajo. Ahora bien: si se tiene en cuenta que la C. R. O. M., constituye la verdadera fuerza sobre la que se apoya el actual régimen mejicano y que su presidente es el propio presidente de la República, cabe afirmar que la misión encargada al distinguido hombre público mejicano reviste todos los caracteres y tiene toda la importancia de una misión oficiosa.

Por este motivo hemos creído interesante conocer las ideas del señor Lombardo Toledano, tanto las que se refieren a la política interior de su país como las que se relacionan con la Organización Internacional del Trabajo y con el movimiento iberoamericano. Para todas nuestras preguntas obtuvimos una amable respuesta, y tan interesantes y originales nos han parecido los términos en que se ha expresado nuestro interlocutor, que hemos de procurar reflejarlos lo más fielmente posible en las siguientes líneas:

«El movimiento socialista que transforma el mundo—empieza declarando el *leader* mejicano—ha producido en los países de Iberoamérica un nuevo concepto de la unidad de la raza y la confraternidad social que no se basa solamente en corrientes románticas y literarias ni tampoco en razones etnográficas y lingüísticas.

«Lo que une a estos pueblos entre sí es una misma fisionomía geográficosocial, que ha producido una economía única en el mundo. Lo que une hoy más fuertemente a estos pueblos con España, no son motivos puramente históricos, sino intereses actuales económicos y humanos.»

La afirmación es rotunda, y para los españoles, en extremo sugestiva. El señor Lombardo Toledano la razona de esta manera:

«Los pueblos hispanoamericanos, especialmente los de grandes civili-

El ideal iberoamericano

(El Sol, Madrid).

zaciones prehispánicas, como Méjico, han hallado en el socialismo la única forma posible de arreglar su completa vida nacional, necesitada, como ninguna, de normas de justicia claras y fácilmente aplicables. En efecto: en países que viven aún todas las modalidades, todas las etapas de la organización humana, desde el comunismo ancestral hasta el período de la gran industria, y en los cuales se hablan todavía varias lenguas autóctonas, no puede existir otro ideal de la vida que el de colocar a todos los hombres en condiciones de igualdad para la lucha por la existencia.

«Precisamente la desigualdad en las condiciones de lucha por la vida produjo los movimientos populares de Méjico, y mantiene el malestar entre las masas de proletarios de otros países de Iberoamérica. Por esta razón, dichos países poseen una gran experiencia en los diversos aspectos en la lucha social, superior, en algunos casos, a la de las naciones industriales o de gran población campesina. Así se explica el éxito alcanzado por la legislación del trabajo en Méjico y por la nacionalización de todos aquellos elementos necesarios para la vida colectiva.»

El señor Lombardo Toledano se expresa con el ardor de un hombre convencido. Habla con calma y sopesando las palabras que emplea. Revela en la forma como expone sus ideas al hombre avezado a la propaganda y a la polémica. Después de una breve pausa, aborda un nuevo aspecto de la cuestión, discutiendo de este modo:

«La experiencia social de los pueblos iberoamericanos, que encierra una teoría propia y elevada de la vida moderna, debe ser oída en la Organización Internacional del Trabajo. Los pueblos de Iberoamérica tienen un mensaje que comunicar al mundo. A este propósito debo manifestar que he asistido, como observador de la organización obrera a que pertenezco a varias sesiones de la VII Conferencia Internacional del Trabajo, habiéndome convencido del ambiente de cordial simpatía que hacia Méjico existe entre los delegados de las diversas naciones, lo cual he de poner en conocimiento de los elementos interesados de mi país.»

Lombardo Toledano se levanta de su asiento y, cogiéndonos ambas manos entre las suyas, nos dice con tono de gran afecto:

«Cuando hablo del mensaje que los pueblos iberoamericanos tienen que dirigir al mundo, incluyo, naturalmente, entre dichos pueblos a España y Portugal, porque sus cuerpos se prolongan hasta América, no metafóricamente, sino de modo real y continuo, por medio de sus centenares de miles de hijos que, confundiendo con los habitantes de los pueblos nuevos, han vivido sus luchas interiores, actuando constantemente en ellas. El ideal español y portugués de la vida se elabora en Europa al par que en América. Por eso creo que las diferencias que puedan existir, en un momento dado, entre las condiciones de la vida social del Portugal y de la España europeos y de la España y del Portugal americanos no son sino diferencias transitorias, que irán borrando cada día los hos hombres de la misma raza.»

El simpático representante mejicano nos despidió encargándonos con gran empeño que hiciéramos constar el enorme beneficio moral que hacen a España nuestras organizaciones obreras, «enseñando—dijo—la manera de tratar al hombre por el hombre mismo. Así se logrará—insistió—que los españoles que vengan a América se compenetren cada vez más con los pueblos del Nuevo Continente, evitando, en las batallas que éstos sostienen por la libertad, que jamás los hijos de España se coloquen al lado de las minorías opresoras y en contra de los intereses de las grandes masas populares, necesitadas de justicia en su propio suelo».

A. FABRA RIBAS

Ginebra, junio 1925.

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por
JOSÉ INGENIEROS Y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de una especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina
Exterior: » 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475
Buenos Aires

Revista Ariel

Letras, Artes, Ciencias, Misceláneas

Aparecerá el 15 y 30 de cada mes,
en cuadernos de 28 páginas.

Directores:

FROYLÁN TURCIOS y ARTURO MARTÍNEZ GALINDO.

Dirección y Administración:

Esquina casa Streber.

Tegucigalpa, Honduras. Centro América.

Vejece

«Se proyecta erigir un monumento a José Asunción Silva en Colombia, su Patria».— Los periódicos.

Poco antes de suicidarse en Bogotá, me escribió José Asunción Silva la carta que hoy publico y que conservo, entre mis viejos papeles, como preciada reliquia literaria, como precioso recuerdo del gran escritor de nuestra América española.

Nada induce, en esta epístola íntima, a suponer la inminente tragedia, la rosa de sangre que iba en breve a florecer en el corazón que, para mayor certeza mortal, se había hecho dibujar Silva en el pecho, sobre la propia entraña palpitante. Por lo contrario, esa bondadosa carta al amigo que fué también su discípulo, exhala un claro optimismo, cuando yo, movido por no sé qué extraño presentimiento, me despedía de él. Schopenhauer y el autor del *Eclesiastés* le hayan perdonado el pesimismo que me atribuía. En la salud moral, intelectual y aun física que esa carta revela, ni el más sutil indagador de almas podía presentir que el viajero preparaba su tenebrosa barca, rumbo a las playas del Misterio.

Cuando en la redacción de *Cosmopolis*, pequeña capilla de arte de los llamados «decadentes», leímos el *Nocturno*, que publicaba una Revista colombiana de la época, y supimos que su autor acababa de llegar a Caracas, como Secretario de la Legación de su país, nos sentimos exaltados, como acaso sólo es posible en esa edad en que parece que la vida va a consumarse en una eterna primavera. Esparcía un efluvio vernal esas estrofas, que nuestra juvenil sensibilidad recogía. La música del *Nocturno*, de oro y azul oscuro, como una noche tropical, era un éxtasis suspendido en un silencio recargado de aromas.

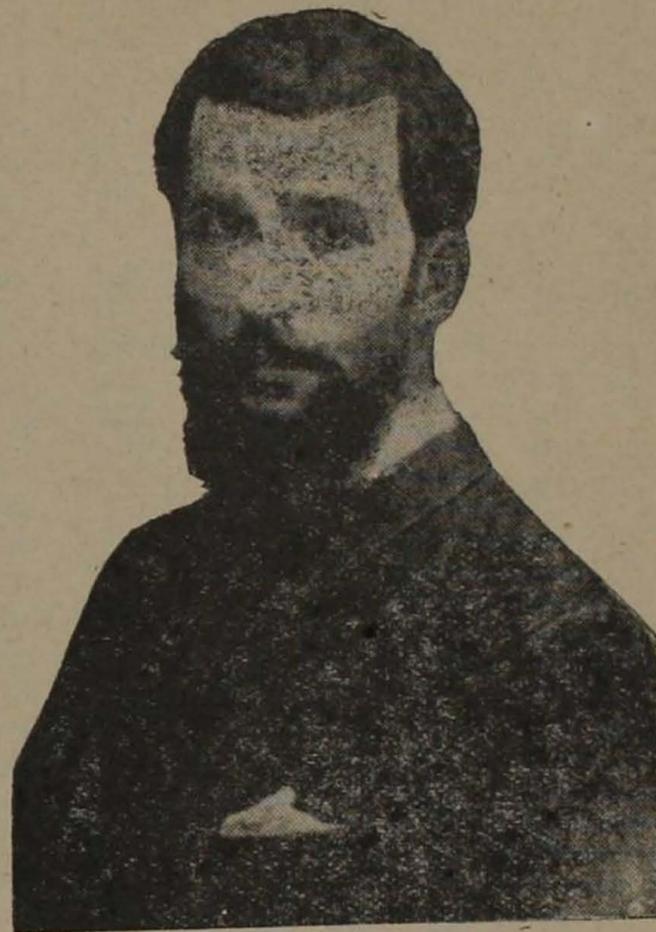
La manera como hallamos al poeta en su cuarto—en el segundo piso del antiguo Hotel Saint-Amand—y sus palabras de la más pura nobleza verbal, no defraudaron, como suele suceder al pretender adecuar la existencia real a la obra de la imaginación, nuestros sueños de adolescentes enloquecidos de literatura. Estaba el poeta de pie, esperándonos cordialmente, todo de negro vestido, con un jazmín en el ojal. Sobre la mesa, la llama del té iluminaba el retrato de la dulce y pálida Elvira, la hermana muerta de José Asunción, el calumniado. Los libros allí revueltos, junto con pomos de esencias, cigarrillos egipcios y pétalos marchitos, decían de las preferencias del joven maestro por los auto-

res que inquietos solicitan nuevos sentidos a la vida, nuevos ritmos de expresión. Urbaneja Achelpohl, Pedro César Dominici y yo damos, desde entonces, a aquella visita la importancia de una ascensión espiritual.

Luego que intimé con Silva, con frecuencia le esperaba en la Plazuela de la Universidad, donde aparecía después que el reloj de la Catedral anunciaba la media noche a la ciudad dormida. Volvía Silva de alguna fiesta del «gran mundo», a las que nunca fuí muy aficionado y lo era en extremo su dandismó. Volvía con un rictus en la boca, con aquel desencanto que se transparenta también en las cartas a su fraternal colega Sanín Cano,—como él «mártir y confesor»—publicadas en la *Revista Contemporánea* de Bogotá. Silva amaba, como yo, aquel sitio romántico de Caracas, la paz de aquel jardín recatado y a la vez hospitalario; amaba las torres góticas de la Universidad, entre nubarrones barrocos o en el turquí veneciano del plenilunio de estío; amaba palpar el delicado encaje de sombras de la ceiba de San Francisco, sobre las duras piedras coloniales y respirar allí la soledad y el olor conventual de la albahaca.

A veces, a Chateaubriand saludamos en un restaurant vecino, famoso antaño por sus viandas, en una forma que nos hacía sonreír al pensar en la vanidad de la gloria. Pues, para el admirable cocinero Santos, rubicundo señor de la hostería, el orgulloso Vizconde de las *Memorias de Ultratumba* era sólo conocido como nombre de una apetitosa tajada de carne, ni siquiera sobre laureles colocada, sino sobre rusticanas hojas de lechuga. Rociada la cena con no pocas copas de vinos espumantes, a las que Silva achacaba su artritis, me leía José Asunción alguno de sus extraordinarios cuentos de sobremesa. No era raro que al subir la escalera del Hotel, nos topáramos, a esa hora, con la larga silueta de Lord Midleton, seguido de su leal perro inglés, que regresaba de alguna sigilosa excursión por los suburbios de la ciudad, de hacer una limosna que ocultaba, como un crimen, su excéntrica filantropía.

Leyendo y charlando nos sorprendía a veces la madrugada. Ya me mostraba Silva la esquela, trazada



José Asunción Silva

sobre la vitela con tintas de varios colores, en la que Mallarmé le agradecía el envío de una orquídea del Avila, complicada y hermética como sus poemas; ya me confiaba sus penas de subalterno diplomático, los absurdos caprichos a que le sometía un superior, superior desde luego en rango decorativo, que ni remotamente sospechaba que el nombre de su Secretario perduraría por siglos en las letras americanas, mientras que el suyo pronto sería olvidado en la pollilla de las Cancillerías.

Embarcóse José Asunción Silva, para su patria en el *Amerique* que, al naufragar en las costas colombianas, entregó al furor de las olas la obra desconocida del poeta. Sin pisar la costa bienamada, en un velero retornó Silva a Caracas. Pero ya sus ojos no parecían contemplar los mismos horizontes luminosos y hasta en su traje mismo se notaba como un desaire de las apariencias mundanales. Sus barbas descuidadas y su enflaquecido rostro, eran los de un asceta. En el *Amerique*, por cierto, se encontraron casualmente Silva y Gómez Carrillo, de paso éste para Guatemala. Según tuve ocasión de saberlo del uno y del otro, a quienes recogió en su bote un marino venezolano, cuando ya se sumergía en las aguas el navío naufrago, una hostil fuerza les separaba a ambos. Ninguna de aquellas afinidades de carácter, que Goethe compara a las que atraen a las moléculas químicas, les aproximaba. A José Asunción le pareció demasiado «literaria» la actitud bohemía de Gómez Carrillo, con las me-

chas al viento, durante el cataclismo, y a mi inquieto camarada Enrique, demasiado espectral la de Silva, con los brazos cruzados, en el puente del navío que zozobraba, mientras veía danzar en la cima huracanada de la espuma, no a Venus Victoriosa sino las páginas de sus manuscritos. Y acaso ambos, sin embargo, se preparaban quizá en ese momento a morir, cada uno a su modo, como hermanos en la religión de la belleza.

Por fin, poco después, logró Silva realizar su viaje a Bogotá, a donde le llamaban asuntos de familia. Es de esos días la carta a que me refiero en esta narración emocionada y cuya publicación espero que no será juzgada como alarde de vanidad, por las frases generosas que me dedica, sino como dato psicológico para los admiradores—ayer tan escasos, hoy tan numerosos—del artista torturado por su propia cultura.

La noticia de su suicidio me conmovió profundamente, y así lo expresé en un grito de dolor, que no otra calificación merecen las líneas que entonces consagré al maestro y compañero inolvidable.

Cuando años más tarde, Mauricio Barrés me invitó a su casa de Neuilly, desde donde divisábamos el Bosque desvanecido en el crepúsculo parisino y más lejos, entre las acacias en flor, el Pabellón de las Musas, fué «para hablar de José Asunción Silva», a quien el perfecto creador de Berenice, símbolo deleitoso de la concordancia de la inteligencia y el instinto popular, del pensamiento y la acción, consideraba como típico ejemplo de los desacuerdos sentimentales y de los peligros de una individuación excepcional, desligada del ambiente momentáneo, y a la vez como promotor de un nuevo estado de la sensibilidad que, con sus íntimos pesares y aun con el sacrificio de su vida, prepara el advenimiento de una superior civilización.

PEDRO EMILIO COLL

Caracas: julio de 1925.

J. A. S.

Bogotá, setiembre 1.º de 1893.

Mi muy querido Pedro Emilio,

Mil gracias por su cartica de 15 de julio y más que por ella, por el cariño que representa. Bien empleado lo tiene. Pienso en usted con una profunda y sincera simpatía, de esas que ni el tiempo ni la separación borran. Fromentin dice, en alguna parte, que la separación obra en las amistades de dos modos diferentes, unas veces alejando a los amigos, otras acercándolos más de lo que harían el trato y la incesante comunicación. Esa es una profunda verdad

que se me viene a la mente al recordarlo a usted, a algunos otros amigos, a algunas deliciosas figuritas femeninas de esa tierra. Los siento cerca, muy míos, muy semejantes a mis necesidades sentimentales; pienso en ustedes como en familia mía, los quiero de veras y los echo de menos. Ya ve usted que si le entra profunda tristeza al recordarme, según me dice, esa tristeza tiene razón de ser. Las simpatías nobles, los cariños hondos son raros en la vida y tal vez lo mejor que ella ofrece. Por fortuna para mí su previsión de que no volveremos a vernos nunca me parece de un pesimismo, digno ya no de un Schopenhauer sino del autor del *Eclesiastés*. Confío volver pronto a ésa y sentir, con la caricia voluptuosa del clima, las simpatías que me hicieron como una segunda patria de su querida tierra. Sí no estoy en ésa desde hace un mes, no es por falta de deseos; ocupaciones y negocios para mí importantes me han detenido. Confío en gozar pronto de Caracas y de mis buenas y cordiales amistades venezolanas.

Gracias por *Cosmópolis*. He leído todo, todo, con gran interés. Ese periódico que habla con la voz de la generación nueva y que tiene acentos tan fervorosos para celebrar la belleza y la vida, lo veo como mío por el cariño que le tengo a usted, a Urbaneja Achelpohl y al ausente Pedro César Dominici. Dígame a Urbaneja de mi parte que su artículo del número 11 me ha encantado; que abra bien los ojos y escriba, sin más preparación y que esté seguro de llegar muy alto. ¡Tiene un talentazo ese cacique *ingerto* de alemán, como conozco pocos!

Muy bien sus *Notas*. Puesto que usted ha vuelto a consagrarse al *feo vicio* literario, conságrese de lleno. Escriba, estudie mucho, viva con todo su espíritu la más amplia y profunda vida intelectual que pueda vivir; recuerde que hay un deber superior a todos los otros, que es desarrollar todas las facultades que uno siente en sí, en el dominio del arte. No extrañe que en mi fanatismo determinista, insista en mis consejos de siempre: *higiene y estudio*. Para hacer obra literaria perfecta es necesario que el organismo tenga la sensación normal y fisiológica de la vida: las neurosis no engendrarán sino hijos enclenques, y sin un estudio profundo, estudio de las leyes mismas de la vida, estudio de los secretos del arte, gimnasia incesante de la inteligencia, esfuerzo por comprender más, por deshacer preconcebidos, por analizar lo más hondo, la obra literaria no tendrá los cimientos necesarios para resistir al tiempo...

No sueñe en que le envíe pronto producciones bogotanas para *Cosmópolis*: Sanín Cano está entregado a la gerencia de sus tranvías; Rivas Frade acaba de casarse y se ha ido para el campo; Flores es un mito, a quien es casi imposible ver; el mismo Grillo escribe muy poco para su propia *Revista Gris*. En cuanto a mí, ya que usted es tan bondadoso que me pide algo, debo

confesarle que mis momentos libres de los últimos tiempos los he consagrado todos a estudios que nada tienen que ver con la literatura. Eso no impide que lo primero que se me venga a la punta de la pluma sea para *Cosmópolis*, y que le ofrezca hacer esfuerzos para obtener algo de los mencionados amigos.

Adiós! mi querido Pedro Emilio. Que todo sea felicidad para usted y para los suyos como se lo desea muy de veras, su sincero amigo afectísimo,

JOSÉ A. SILVA

(E *Nuevo Diario*
Caracas).

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Luis López de Mesa: <i>Iola</i> . . .	1.00
José M. ^a Chacón y Calvo: <i>Hermanito Menor</i>	1.00
J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbajelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosista uruguayos).	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta).	6.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 t., pasta)	3.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta).	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Homero: <i>Odisea</i> (1 tomo pasta)	3.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
M. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	2.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00
<i>Savitri</i> , episodio del <i>Mahabhárita</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Luis Cané: <i>Mal estudiante</i>	4.00

Equivalencia: ₡ 4 = \$ 1. oro am.

¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública.=

Nota bibliográfica

En la serie *Documents Pédotechniques*, de la Sociedad Belga de Paidotecnica, (Ed. Lamertin), acaba de publicar Adolfo Ferrière, Director de la Oficina Internacional de las Escuelas Nuevas, la traducción de uno de los libros de Georges Kerschensteiner: *L'Ecole Active dans le cadre de l'école primaire*.

La publicación se refiere a la parte práctica de la obra de Kerschensteiner, pues de la teórica ya había tratado Ferrière, en 1922, en uno de sus excelentes libros. Y el especial interés que puede ofrecerle a aquellos maestros que entre nosotros se preocupan por el estudio del movimiento educacional, consiste, por aparte del conocimiento de los ensayos de Kerschensteiner en Munich, en el siguiente hecho, que Ferrière hace notar insistentemente en sus oportunas palabras de introducción. Que, paralelamente a las experiencias realizadas en Suiza por él mismo, y a las más atrevidas de E. F. O. Neill, deben ser conocidas las de Kerschensteiner, porque las unas representan la extrema izquierda y las otras la extrema derecha del grupo de iniciadores de la nueva educación. A Kerschensteiner lo juzgan anticuado los innovadores intransigentes, mientras viene a resultar innovador en presencia de los conservadores del actual régimen es-

colar. De donde se sigue en el concepto de Ferrière que, para los países latinos, el ejemplo de los ensayos efectuados en Munich muestra lo que se puede hacer en servicio del progreso educacional sin el riesgo de trastornar el estado de cosas que la tradición afirma.

El pequeño libro contiene una pequeña exposición, a veces pormenorizada, de las experiencias de «escuela activa» organizadas en las clases primarias municipales de Munich. Presenta las líneas generales de tal organización, consigna los horarios, explica el detalle de la aplicación de programas en las diversas clases, y en un breve capítulo final, destinado a formular conclusiones sintéticas, hace sugestivas consideraciones sobre la importancia de la experiencia. Sobresale entre ellas el concepto esencial del valor del interés en la escuela activa.

Puede decirse que no hay página del libro en que no encuentre el maestro estudioso algún dato, algún estímulo, alguna sugestión capaces de moverlo a explorar los nuevos movimientos de ideas en educación, los cuales tanta falta hace que despierden en el país fecundas resonancias.

O. D.

Heredia, 1925.

Tablero

=1925=

En la noche del miércoles 26 del mes pasado, la Asociación de Estudiantes Universitarios de Costa Rica, que al Licdo. José Vasconcelos eligió como su Maestro, colocó el retrato de este insigne americano en una de las salas de la Biblioteca Nacional. Asistieron maestros y estudiantes.

Se adhirió por carta, el Sr. don José C. Sotillo Picornell, Presidente de la Unión Libertadora Venezolana y don Omar Dengo, Director de la Escuela Normal de Costa Rica.

Sencillo y cordial fué el homenaje. Brillantes y certeras piezas alusivas leyeron los siguientes caballeros: Don M. Zúñiga Pallais, Presidente de la Asociación de Estudiantes Universitarios, el Licdo. don Alejandro Alvarado Quirós, Presidente del Colegio

de Abogados y don Moisés Vincenzi.

El homenaje honra a sus iniciadores, los actuales miembros de la Asociación de Estudiantes Universitarios, cuyos nombres son:

Manuel María Zúñiga P., Presidente.
José Joaquín Calderón, Vice-Presidente.
Alfredo Sánchez Morales, Secretario.
H. Antonio Ortiz O., Encargado de las publicaciones.
Rafael Estrada, Encargado de las publicaciones.
Felipe Gallegos I., Encargado de los Estudios jurídicos.
Humberto Bolaños, Tesorero.
Roberto Campabadal h., Vocal.
Alexis Bravo, Vocal.

Del Sr. Zúñiga Pallais fueron estas palabras iniciales:

Señoritas:
Señor Cónsul de México:
Señores:

Hace algunos años se observa en la his-

toria de las relaciones americanas bastante acercamiento, intensa comunicación entre las juventudes; es por ello que apreciamos un mayor intercambio en los diversos aspectos de la vida continental. Debemos traducir eso, como mejor vislumbre de nuestros destinos; pues sólo gracias a una visión de causas o intereses, podrán estos países llegar a formar la *familia internacional*; no de hecho como hoy día parece existir, de derecho como debe ser: esclarecida por albores de justicia y vínculos de sincera fraternidad.

Las juventudes hispano-americanas acostumbran estar atentas a los ideales, del hermano mayor de la raza, que fiel y aguerrido, los cuida de los comunes peligros; cuando faltando la razón moral—camino único a la verdad de la justicia—por la incompreensión humana, los débiles son absorbidos en el torbellino de las luchas por los fuertes.

Nosotros hemos contemplado el desenvolvimiento mexicano: la patria azteca, la del iluminado Hidalgo, la del ínclito Juárez, quienes diéronle libertad e independencia, estaba sometida a un Porfirio Díaz, cuyo sistema de gobierno era la tiranía: el analfabetismo, los grandes latifundios, la barbarie disciplinada... En ese tiempo reinaba, el potentado que come pero no trabaja en el sentido vulgar de la palabra y en el sentido social, ecuanime de la vida; y el obrero sin el amparo necesario a la existencia, quedó reducido con el hambre, a un ser miserable, a un paria,

La época descrita tuvo su fin...; surgió el apóstol de la Revolución: Francisco I. Madero: perfecto maestro de ideas y doctrinas, que con el fuego de su verbo hizo arder en llamas inmortales a todas las almas mexicanas; su pensamiento fué acogido.

Y sobre el campo ensangrentado por el heroísmo de los hijos se alzó, con las energías suficientes, la organización constitucional del Estado. Y a la vez surgió un nuevo apóstol que hasta hace poco estuvo realizando la obra imperecedera, la más grande, la más ideal. Este apóstol evangelizaba a México con una forma maravillosa de enseñanza: La socialización de la escuela.

Vasconcelos en su ministerio de Educación Pública, por sus brillantes dotes como visionario y hombre de acción, reveló a la humanidad ser, en esos días, el primer político de América.

La revolución mexicana, comprendida como la hemos expuesto, tuvo gran trascendencia, enorme resonancia; en ella, hubo dos motores de vibrante dinamicidad y de luminosa ideología: el primero destruye lo existente, es decir, rompe la maleza y establece en forma definitiva la brecha, para que luego construya mejor la patria, el que había de venir; ambos, Madero y Vasconcelos, en penetración gloriosa, irradiaron el espíritu de la verdadera raza. Y «por la raza hablará el espíritu», ¡oh juventudes hispano-americanas!

Distinguido público:

La Asociación de Estudiantes Universi-

tarios de Costa Rica, a la que tengo la honra de presidir, acostumbra leer a menudo los escritos del Maestro, que son siempre bastante comentados; y confesamos que cada vez que leemos algo de él, nos sentimos rejuvenecidos: sus ideas son como corrientes de vitalidad comunicadas a nuestros seres: sus palabras, encienden nuestros

espíritus ya definidos y orientados. Por lo cual afirmamos llenos de fe:

Mientras haya hombres como Vasconcelos, habrá juventudes laboriosas, fuertes y tenaces escalando las celestes gradas del Olimpo.

MANUEL MARÍA ZÚÑIGA P.

San José, 26 de agosto de 1925.

Un llamamiento a los obreros de Guatemala

En favor de la Universidad Popular

EL obrero que no ayuda a la universidad popular, destruye todo germen de redención social y deja a las generaciones obreras del futuro una sociedad ignorante, esclava y triste.

El no hacer en este caso, es obra destructiva. El obrero no puede dejar de hacer algo por la universidad popular, pues si no hace, destruye la obra que brecha adelante va enseñando a los que no saben y mejorando los conocimientos de los que saben algo, al mismo tiempo que, en el terreno ideológico, prepara ciudadanos. Abstenerse es criminal para aquellos que aspiran a realizar su vida fuera de las estrechas circunstancias actuales, en un medio amplio, limpio y bueno. No acudir al llamado de una institución eminentemente obrera, vale tanto como ponerse frente a ella, del lado de los que quieren que el trabajador sea siempre ignorante para explotarlo; facilitando la vieja práctica que en el campo y el taller lo tenía como bestia y en la lisa pública como esclavo.

En relación con la universidad no está demás repetir que el obrero hace labor en contra: al no acudir a sus clases cuando ha menester de enseñanza; al no aconsejar a sus compañeros de trabajo o conocidos su asistencia a dichas clases; al no tomar bajo su patrocinio uno o dos analfabetos para enseñarlos; al no acudir pecuniariamente si puede quitar al gasto de la cantina o los cigarrillos unos centavos; al no asistir a las bibliotecas de la universidad, tratando de mejorar sus conocimientos personales.

El obrero que no sabe leer ni escribir, lógico y sencillo es considerar que se opone al triunfo de los ideales de redención social que alimentan sus compañeros, si no acude a aprender. En las mismas circunstancias está el que no amplía sus conocimientos, nutriendo su inteligencia, dilatando sus horizontes, preparando su personalidad.

El obrero que convive o trabaja con compañeros analfabetas, lógico y sencillo es creerlo opositor al triunfo de los ideales del obrerismo, si no se preocupa por enseñarlos, por hacerlos ver (que la vista se da al que se enseña), por sacarlos de su estado de células muertas y ponerlos en camino de ser elementos conscientes en la lucha por la vida.

El obrero que malgasta sus dineros en los vicios, emborrachándose a fin de semana, hace obra negativa, obstaculiza, se opone con su mala costumbre, por no decir maldita, a la redención popular. Y algo más grave, el germen de su vicio depositado en sus hijos, prolonga el obstáculo más allá de él mismo, y en tal caso, no sólo durante su vida en el presente es enemigo de la causa obrera, sino lo es también durante la vida de sus hijos en el futuro por venir.

El obrero que no lee en sus horas de descanso, que no tiene la inquietud, el deseo de saber más, cada vez más; que no acude a las bibliotecas que la universidad y otras instituciones ponen en sus manos, también está luchando contra lo que quizás defiende en la tribuna: el triunfo de las clases humildes. Los discursos no hacen falta, como no hacen falta los castillos de pólvora. Con palabras bonitas el obrero no mejora la situación de sus semejantes, ignorantes, viciosos y esclavos. Hay necesidad de hacer, de construir, de crear, de fundar y no se construye, ni se hace, ni se crea, ni se funda con cuentos literarios y discursos. Ya alguien ha dicho que en la saliva de los oradores pulula el microbio que más daño hace a la humanidad.

Obreros, hay que tener presente que el no hacer con relación a la universidad popular, es una espada de dos filos: primero la hiere a ella y después se vuelve contra vosotros. No digáis discursos, ni discutáis todo el tiempo, gastando vuestras noches y vuestra saliva en asuntos que muchas veces no valen la pena, y traed

a la universidad vuestras energías para ir abriendo el camino por donde las generaciones han de pasar cantando el himno del trabajo.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

París, 1925.

(De *El Imparcial*, Guatemala).

LA COLOMBIANA

Sastrería

Francisco Gómez Z.

La mejor en su clase. Últimos estilos
Trabajos modernos
Calle del tranvía.—Frente a la tienda Kepfer.

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales

Organo de la Secretaría de Educación Pública de Panamá

Director Fundador:

Doctor OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY

Administradores:

ALEERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N° 320, Panamá

Número suelto: un colón.

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSINA

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.